aquiescencia; pero, antes de que ocurran, el alma permanece en una simple espera, indiferente a todo lo que a la divina voluntad pluguiere ordenar.

Nuestro Señor expresa así la extrema sumisión de la voluntad humana a la de su Padre eterno: *El Señor Dios* —dice— *me abrió los oídos,* es decir, me dio a conocer su beneplácito acerca de la multitud de trabajos que debo padecer; *y Yo* —prosigue— *no me resistí, no me volví atrás*[17]. ¿Qué quiere decir: *y Yo no me resistí, no me volví atrás,* sino: mi voluntad permanece en una simple espera y dispuesta a todo lo que Dios ordene, por lo cual *entrego mis espaldas a los que me azotarán y mis mejillas a los que mesarán mi barba*[18], preparado para todo cuanto quieran hacer de Mí? Mas te ruego, Teótimo, que consideres que, así como nuestro Salvador, después de la oración resignada que hizo en el huerto de los Olivos, y después de su prendimiento, se dejó atar y conducir según el capricho de los que le crucificaron, con un admirable abandono en sus manos de su cuerpo y de su vida, del mismo modo puso su alma y su voluntad, por una indiferencia perfectísima, en manos de su Padre eterno; porque, aunque dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*[19], habló así para darnos a conocer las verdaderas amarguras y penas de su alma, mas no para oponerse a la santa indiferencia, en la cual estaba, como lo demostró enseguida, cerrando toda su vida y su pasión con estas palabras: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*[20].

XIV

Del despojo perfecto del alma unida a la voluntad de Dios

El amor al entrar en un alma, para hacerla morir dichosamente a sí misma y revivir en Dios, la despoja de todos los deseos humanos y de la estima de sí misma, que no está menos adherida al espíritu que la piel a la carme, y, finalmente, la desnuda de los afectos más amables, tales como el afecto que tenía a las consolaciones espirituales, a los ejercicios de piedad y a la perfección de las virtudes, que parecían ser la propia vida del alma devota.

Entonces, puede exclamar con razón: *Ya me despojé de mi tú-*

nica, ¿me la he de vestir otra vez[21]. *Lavé mis pies de toda suerte de afectos, ¿y me los he de volver a ensuciar? Desnudo salí de las manos de Dios, y desnudo volveré a ellas. El Señor me había dado muchos deseos; el Señor me los quitó; bendito sea su santo nombre*[22]. Sí, Teótimo, el mismo Señor que nos hace desear las virtudes, en los comienzos, nos quita después el afecto a las mismas y a todos los ejercicios espirituales, para que con más sosiego, pureza y simplicidad no nos aficionemos a cosa alguna fuera del beneplácito de su divina Majestad. Porque, como la hermosa y prudente Judit guardaba en sus cofres sus bellos trajes de fiesta, y, sin embargo, no les tenía afición alguna, no se los vistió jamás en su viudez, sino cuando, inspirada por Dios, marchó para dar muerte a Holofernes; así, aunque nosotros hayamos aprendido la práctica de las virtudes y los ejercicios de devoción, no debemos aficionarnos a ellos ni vestir con ellos nuestro corazón, sino a medida que sepamos que es el beneplácito de Dios. Y así como Judit anduvo siempre vestida con el traje de luto, hasta que Dios quiso que luciera sus galas, de la misma manera debemos nosotros permanecer apaciblemente revestidos de nuestra miseria y abyección, en medio de nuestras imperfecciones y flaquezas, hasta que Dios nos levante a la práctica de acciones más excelentes.

No es posible permanecer durante mucho tiempo en este estado de privación y de despojo de toda clase de afectos. Por esta causa, según el consejo del Apóstol, *una vez nos hayamos quitado las vestiduras del viejo Adán, hemos de vestirnos el traje del hombre nuevo*[23], es decir, de Jesucristo; porque, habiendo renunciado aun al afecto a las virtudes, para no querer, ni con respecto a ellas ni con respecto a otra cosa alguna, sino lo que quiere el divino beneplácito, conviene que nos revistamos enseguida de otros muchos afectos, y quizás de los mismos a los cuales hubiéramos renunciado; pero nos hemos de revestir de ellos, no porque son agradables, útiles y honrosos y a propósito para dar contento al amor que sentimos a nosotros mismos, sino porque son agradables a Dios, útiles para su honor y porque están destinados a su gloria.

Son menester vestiduras nuevas para la esposa del Salvador. Sí, por amor a Él, se ha despojado del antiguo afecto, a sus padres a su patria, a su casa[24], a sus amigos es necesario que sienta un afecto enteramente nuevo, amando todas estas mismas cosas, pero en

el lugar que les corresponde; no según las consideraciones humanas, sino porque el celestial Esposo lo quiere y lo manda; y porque ha dispuesto de esta manera *el orden de la caridad*[25]. Si el alma se ha despojado del viejo afecto a los consuelos espirituales, a los ejercicios de devoción, a la práctica de las virtudes y aún al adelanto en la perfección, ha de revestirse de otro afecto del todo nuevo, amando todos estos favores celestiales, no porque perfeccionan y adornan nuestro espíritu, sino porque así el nombre del Señor es santificado, su reino enriquecido y su divino beneplácito glorificado.

Así San Pedro vistióse en la prisión: no por elección suya, sino conforme el ángel se lo fue indicando[26]. Tomó su ceñidor, después sus sandalias y, finalmente, las demás vestiduras. Y el glorioso San Pablo, despojado, en un momento, de todos sus afectos, *Señor* —dice— *¿qué queréis que haga?*[27] es decir, ¿a qué cosas os place que me aficione? pues, al derribarme en tierra, me habéis hecho abandonar mi propia voluntad. ¡Ah, Señor! poner en su lugar vuestro beneplácito, y *enseñadme a hacer vuestra voluntad, porque sois mi Dios*[28]. El que ha dejado todas las cosas por Dios, no ha de volver a tomar ninguna, sino en la medida que Dios lo quiera; no ha de alimentar su cuerpo, sino de la manera que Dios lo ordene, para servir al espíritu; no ha de estudiar, sino para ayudar al prójimo y a su propia alma, según la intención divina; ha de practicar las virtudes, mas no las que son de su agrado, sino las que quiere Dios.

El amor es fuerte como la muerte[29], para hacer que lo dejemos todo, pero es magnífico como la resurrección, para revestirnos de gloria y de honor.

LIBRO DECIMO

Del mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas

I

De la dulzura del mandamiento que Dios nos ha impuesto de amarle sobre todas las cosas

El hombre es la perfección del universo; el espíritu es la perfección del hombre; el amor es la perfección del espíritu, y la caridad es la perfección del amor. Por esto, el amor de Dios es el fin, la perfección y la excelencia del universo. En esto consiste la grandeza y la primacía del mandamiento del amor divino, Llamado por el Salvador *máximo y primer mandamiento*[1]. Este mandamiento es como un sol, que ilumina y dignifica todas las leyes sagradas, todas las disposiciones divinas, todas las Escrituras. Todo se hace por este celestial amor y todo se refiere a él. Del árbol sagrado de este mandamiento dependen, como flores suyas, todos los consejos, las exhortaciones, las inspiraciones y los demás mandamientos, y, como fruto suyo, la vida eterna; y todo lo que no tiende al amor eterno, aquél, cuya práctica perdura en la vida eterna y que no es otra cosa que la misma vida eterna.

Pero considera, Teótimo, cuán amable es esta ley de amor.

¡Si pudiésemos entender cuán obligados estamos a este soberano Bien, que no sólo nos permite, sino que nos manda que le amemos! No sé si he de amar más vuestra infinita belleza, que una tan divina bondad me manda amar, o vuestra divina bondad, que me manda amar una tan infinita belleza.

Dios, el día del juicio, imprimirá, de una manera admirable, en los espíritus de los condenados, el sentimiento de lo que perderán; porque la divina Majestad les hará ver claramente la suma belleza

de su faz y los tesoros de su bondad; y, a la vista de este abismo infinito de delicias, la voluntad, con un esfuerzo supremo, querrá lanzarse hacia Él para unirse con Él y gozar de su amor; pero será en vano, porque, a medida que el claro y bello conocimiento de la divina hermosura vaya penetrando en los entendimientos de estos infortunados espíritus, de tal manera la divina justicia irá quitando fuerzas a la voluntad, que no podrá ésta amar en manera alguna al objeto que el entendimiento le propondrá y le representará como el más amable; y esta visión, que debería engendrar un tan grande amor en la voluntad, en lugar de esto engendrará en ella una tristeza infinita, la cual se convertirá en eterna por el recuerdo que quedará para siempre en estas almas de la soberana belleza perdida; recuerdo estéril para todo bien y fértil en trabajos, penas, tormentos y desesperación inmortal. Porque la voluntad sentirá una imposibilidad, o mejor dicho, una eterna aversión y repugnancia en amar a esta tan deseable excelencia. De suerte que los miserables condenados permanecerán, para siempre, en una rabia desesperada, al conocer una perfección tan sumamente amable, sin poder poseer su goce ni su amor; porque, mientras pudieron amarla, no lo quisieron. Se abrasarán en una sed tanto más violenta, cuanto que el recuerdo de esta fuente de las aguas de la vida eterna agudizará sus ardores; morirán inmortalmente, *como perros*, de un *hambre*[2] tanto más vehemente cuanto que su memoria avivará su insaciable crueldad con el recuerdo del festín del cual habrán sido privados.

No me atrevería, ciertamente, a asegurar que esta visión de la hermosura de Dios, que tendrán los malaventurados, a manera de relámpago, haya de ser tan clara como la de los bienaventurados; con todo lo será tanto que *verán al Hijo del hombre en su majestad*[3], *y verán delante al que traspasaron*[4], y, por la visión de esta gloria, conocerán la magnitud de su pérdida. Si Dios hubiese prohibido al hombre amarle ¡qué pena en las almas generosas! ¡qué no harían para obtener este permiso!

¡Cuán deseable es, la suavidad de este mandamiento, pues si la divina voluntad lo impusiese a los condenados, en un momento quedarían libres de su gran desdicha, y los bienaventurados no son bienaventurados, sino por la práctica del mismo! ¡Oh amor celestial, qué amable eres a nuestras almas!

II

Que este divino mandamiento del amor tiende hacia el cielo, pero, con todo, es impuesto a los fieles de este mundo

No se ha puesto ley al justo[5], porque, adelantándose a ella y sin necesidad de ser por ella obligado, hace la voluntad de Dios, llevado por el instinto de la caridad que reina en su alma.

En el cielo, tendremos un corazón enteramente libre de pasiones, un alma purificada de distracciones, un espíritu desembarazado de contradicción, unas fuerzas exentas de repugnancias; por consiguiente, amaremos a Dios con un perpetuo y jamás interrumpido amor. ¡Oh Señor! ¡qué gozo, cuando constituidos en aquellos eternos tabernáculos, estarán nuestros espíritus en perpetuo movimiento, en medio del cual tendrán el reposo eterno tan deseado de su eterno amor!

Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; alabarte han por los siglos de los siglos[6].

Mas no hemos de pretender este amor, tan sumamente perfecto, en esta vida mortal, pues no tenemos todavía ni el corazón, ni el alma, ni el espíritu, ni las fuerzas de los bienaventurados. Basta que amemos con todo el corazón y con todas las fuerzas que tengamos. Mientras somos niños pequeños sabemos como niños, hablamos como niños, amamos como niños[7]; mas cuando seremos perfectos, en el cielo, seremos liberados de nuestra infancia, y amaremos a Dios con perfección. Con todo, mientras dura la infancia de nuestra vida mortal, no hemos de dejar de hacer lo que dependa de nosotros, según nos ha sido mandado, pues no sólo podemos, sino que es facilísimo, como quiera que todo este mandamiento de amor, y de amor de Dios, que, por ser soberanamente bueno, es soberanamente amable.

III

Cómo estando ocupado todo el corazón en el amor sagrado, puede, sin embargo, amar a Dios deferentemente, y amar también muchas cosas por Dios

El hombre se entrega todo por el amor, y se entrega tanto cuanto ama; está, pues, enteramente entregado a Dios, cuando ama enteramente a la divina bondad, y cuando está de esta manera entregado, nada debe amar que pueda apartar su corazón de Dios.

En el paraíso, Dios se dará todo a todos, y no en parte, pues Dios es un todo que carece de partes; mas, a pesar de esto, se dará diversamente, y las diferentes maneras de darse serán tantas cuantos sean los bienaventurados, lo cual ocurrirá así porque, al darse todo a todos y todo a cada uno, no se dará totalmente, ni a cada uno en particular, ni a todos en general. Nosotros nos daremos a Él según la medida en que Él se dará a nosotros, porque le veremos verdaderamente *cara a cara*[8], tal cual es en su belleza, y le amaremos de corazón a corazón, tal cual es en su bondad; no todos, empero, le verán con igual claridad, ni le amarán con igual dulzura, sino que cada uno le verá y le amará según el grado particular de gloria que la divina Providencia le hubiere preparado. Todos poseeremos igualmente la plenitud de este divino amor, pero, con todo, las plenitudes serán desiguales en perfección. Si en el cielo, donde estas palabras: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*[9] serán con tanta excelencia practicadas, habrá a pesar de ello, grandes diferencias en el amor, no es de maravillar que haya también muchas en esta vida mortal.

No sólo entre los que aman a Dios de todo corazón, hay quienes le aman más y quienes le aman menos, sino que una misma persona se excede, a veces, a sí misma, en este soberano ejercicio del amor de Dios sobre todas las cosas. ¿Quién no sabe que hay progresos en este santo amor, y que el fin de los santos está colmado de un más perfecto amor que los comienzos?

Según la manera de hablar de las Escrituras, hacer alguna cosa de todo corazón no quiere decir sino hacerla de buen grado y sin reserva.

Todos los verdaderos amantes son iguales en dar todo su cora-

zón, con todas sus fuerzas; pero son desiguales en darlo todos diversamente y de diferentes maneras, pues algunos dan todo su corazón con todas sus fuerzas, pero menos perfectamente que otros. Unos lo dan todo por el martirio, otros por la virginidad, otros por la pobreza, otros por la acción, otros por la contemplación, otros por el ministerio pastoral, y, dándolo todos todo, por la observancia de los mandamientos, unos, empero, lo dan más imperfectamente que otros.

El precio de este amor que tenemos a Dios depende de la eminencia y excelencia del motivo por el cual y según el cual le amamos. Cuando le amamos por su infinita y suma bondad, como Dios y porque es Dios, una sola gota de este amor vale mucho más, tiene más fuerza y merece más estima que todos los otros amores que jamás puedan existir en los corazones de los hombres y entre los coros de los ángeles, porque mientras este amor vive, es él el que reina y empuña el cetro sobre todos los demás afectos, haciendo que Dios sea, en la voluntad, preferido a todas las cosas, universalmente y sin reservas.

IV

De dos grados de perfección con los cuales este mandamiento puede ser observado en esta vida mortal

Hay algunas almas que, habiendo hecho ya algunos progresos en el amor divino, han cortado todo otro amor a las cosas peligrosas; mas, a pesar de esto, no dejan de tener algunos afectos perniciosos y superfluos, porque se aficionan con exceso y con un amor demasiado tierno y más apasionado de lo que Dios quiere. Dios quería que Adán amase tiernamente a Eva, pero no tanto que, por complacerla, quebrantase la orden que la divina Majestad le había dado. No amó, pues, una cosa superflua y de suyo peligrosa, pero la amó con superfluidad y peligro. El amor a nuestros padres, amigos y bienhechores es, de suyo, un amor según Dios, pero no es lícito amarlos con exceso; las mismas vocaciones, por espirituales que sean, y nuestros ejercicios de piedad (a los cuales debemos aficionarnos) pueden ser amados desordenadamente, cuando son

preferidos a la obediencia o a un bien más universal, o cuando se pone en ello el afecto como en el último fin, siendo así que no son sino medios y preparativos para la realización de nuestro anhelo final, que es el divino amor. Y estas almas que no aman sino lo que Dios quiere que amen, pero que se exceden en la manera de amar, aman verdaderamente a la divina bondad sobre todas las cosas, pero no en todas las cosas, porque a las mismas cosas cuyo amor les está permitido, aunque con la obligación de amarlas según Dios, no las aman solamente según Dios, sino por causas y motivos que no son contrarios a Dios, pero que están fuera de Él. Tal fue el caso de aquel pobre joven que, *habiendo guardado los mandamientos desde sus primeros años*[10], no deseaba los bienes ajenos, pero amaba con demasiada ternura los propios. Por esto, cuando nuestro Señor le aconsejó *que los diese a los pobres*[11], se puso triste y melancólico. No amaba nada que no le fuese lícito amar, pero lo amaba con un amor superfluo y demasiado cerrado. Estas almas, oh Teótimo, aman de una manera demasiado ardorosa y superflua, pero no aman las superfluidades, sino lo que deben amar. Y, por esta causa, gozan del tálamo nupcial de la unión, de la quietud y del reposo amoroso de que nos hablan los libros quinto y sexto de los Cantares; pero no gozan en calidad de esposas, porque la superfluidad con que se aficionan a las osas buenas hace que no penetren con mucha frecuencia en las divinas intimidades del Esposo, por estar ocupadas y distraídas en amar, fuera de Él y sin Él, lo que deberían amar únicamente en Él y por Él.

V

De otros dos grados de mayor perfección por los cuales podemos amar a Dios sobre todas las cosas

Hay almas que aman tan sólo lo que Dios quiere. Almas felices, pues aman a Dios, a sus amigos en Dios y a sus enemigos por Dios, pero no aman ni una sola sino en Dios y por Dios. Refiere San Lucas que nuestro Señor invitó a que le siguiese a un joven que le amaba mucho, pero que también amaba mucho a su padre, por lo cual deseaba volver a él[12]; y el Señor le corta esta

superfluidad de su amor y le da un amor más puro, no sólo para que ame a Dios más que a su padre, sino también para que ame a su padre únicamente en Dios. *Deja a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos; mas tú, ve y anuncia el reino de Dios*[13]. Y estas almas, Teótimo, como ves, gozando de una tan grande unión con el Esposo, merecen participar de su calidad y de ser reinas, como Él es rey, pues le están todas dedicadas, sin división ni separación alguna, no amando nada fuera de Él y sin Él, sino tan sólo en Él y por Él.

Finalmente, por encima de todas estas almas hay una absolutamente única, que es la reina de la reinas, la más amable, la más amante y la más amada de todas las amigas del divino Esposo, la cual no sólo ama a Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas, sino únicamente a Dios en todas las cosas; de suerte que no ama muchas cosas, sino una sola cosa, que es Dios. Y, porque solamente ama a Dios en todo lo que ama, le ama igualmente en todas partes, fuera de todas las cosas y sin todas las cosas, según lo exige el divino beneplácito. Si es tan sólo Ester a quien ama Asuero, ¿por qué le amará más cuando anda perfumada y adornada que cuando viste en traje ordinario? Si sólo amo a mi Salvador, ¿por qué no he de amarle tanto en el Calvario como en el Tabor, pues es el mismo, en uno y otro monte? ¿Por qué no he de decir con el mismo afecto, en uno y otro lugar: *Señor, bueno es estarnos aquí?*[14]. La verdadera señal de que amamos a Dios sobre todas las cosas es amarle igualmente en todo, pues siendo Él siempre igual a Sí mismo, la desigualdad de nuestro amor para con Él no puede tener su origen sino en la consideración de alguna cosa que no es Él.Esta sagrada amante no ama más a su Rey con todo el universo, que si estuviese solo sin el universo; porque todo lo que está fuera de Dios y no es Dios, es nada para ella. Alma toda pura, que no ama, ni aún el mismo cielo, sino porque el Esposo es amado en él; Esposo tan soberanamente amado en el paraíso, que aunque no lo tuviera para darlo, no por esto sería menos amable ni menos amado por esta animosa amante, que no sabe amar el paraíso de su Esposo, sino a su Esposo del paraíso, y que no tiene en menos estima el calvario, mientras su Esposo está sacrificado en él, que el cielo, donde está glorificado. El que pesa las pequeñas bolas encontradas en las entrañas de Santa Clara de Montefalco[15], el mismo peso encuentra en

cada una en particular que en todas ellas juntas. Así el gran amor encuentra a Dios solo tan amable, como a Él junto con todas las criaturas, cuando no ama a éstas sino en Dios y por Dios.

Son tan pocas estas almas tan perfectas, que cada una de ellas es llamada *ungénita de su madre*[17], porque no ama sino su palomar, y, además, *perfecta*[18], porque por el amor se ha convertido en una misma cosa con la divina perfección, por lo que puede decir con humildísima verdad: *Yo no soy sino para mi Amado, y Él está todo inclinado hacia mí*[19].

Ahora bien, únicamente la santísima Virgen nuestra Señora llegó plenamente a este grado de excelencia en el amor de su Amado.

Jamás hubo criatura mortal que amase al celestial Esposo con un amor tan perfectamente puro, fuera de la Santísima Virgen, que fue, a la vez, su madre y su esposa. Mas, en cuanto a la práctica, por parte de las otras almas, de estas cuatro clases de amor, es imposible vivir mucho sin pasar de la una a la otra. Las almas que, como las doncellas, andan todavía enredadas en muchos afectos vanos y peligrosos, no dejan, a veces, de tener algunos sentimientos de amor más elevado y más puro; mas, como quiera que estos sentimientos no son más que vislumbres y relámpagos pasajeros, no se puede afirmar que, por ello, hayan salido ya estas almas del estado de novicias y aprendizas. En cambio, acaece, a veces, que algunas almas que pertenecen ya a la categoría de únicas y perfectas amantes, descienden y se rebajan mucho, hasta llegar a cometer imperfecciones y enojosos pecados veniales, como es de ver en muchas disensiones, con frecuencia harto agrias, entre grandes siervos de Dios, y aún entre algunos de los divinizados apóstoles, de los cuales no se puede negar que cayeron en algunas faltas, por las cuales no fue violada la caridad, pero sí el fervor de esta virtud. Mas, puesto que, a pesar de esto, dichas almas amaban, de ordinario, a Dios con un amor perfectamente puro, debemos afirmar que permanecieron en el estado de perfecta dilección. Porque, así como los buenos árboles jamás producen frutos venenosos, aunque si alguno verde, también los grandes santos no cometen nunca pecado mortal alguno, pero sí algunas acciones inútiles, poco maduras, ásperas, bruscas y mal sazonadas, y, entonces, hay que reconocer que estos árboles son fructuosos, de lo contrario, no serían buenos;

pero no hay que negar que algunos de sus frutos no son provechosos; los pequeños movimientos de ira, y los pequeños amagos de alegría, de risa, de vanidad y de otras pasiones parecidas, son movimientos inútiles e ilegítimos. Y, sin embargo, *siete veces*, es decir, con mucha frecuencia, los produce *el justo*[20].

VI

Que el amor de Dios sobre todas las cosas es común a todos los amantes

Aunque sean tan diversos los grados del amor entre los verdaderos amantes, con todo no hay más que un solo mandamiento de amor, que obliga igualmente a todos, con una obligación absolutamente igual, aunque sea observada de muy diferentes maneras y con infinita variedad de perfecciones, no existiendo quizás ni almas en la tierra, ni ángeles, en el cielo, que tengan entre sí una perfecta igualdad de dilección; pues, así como *una estrella es diferente de otra estrella en claridad*[21], lo mismo ocurrirá entre los bienaventurados resucitados, cada uno de los cuales entonará un cántico de gloria y recibirá *un nombre que nadie conoce, sino el que lo recibe*[22]. Mas ¿cuál es el grado de amor, al cual el mandamiento obliga a todos, siempre, igual y universalmente?

Ya sabes, Teótimo, que hay muchas clases de amores: por ejemplo, hay el amor paternal, el filial, el nupcial, el de sociedad, el de obligación, el de dependencia, y otros mil, todos los cuales son diferentes en excelencia, y de tal manera proporcionados a sus objetos, que no se pueden aplicar o distraer hacia otros. El que amase a su padre con un amor exclusivamente fraternal no le amaría bastante; el que amase a su mujer tan sólo como a su padre, no la amaría convenientemente; el que amase a su criado con amor filial, cometería una impertinencia. El amor es como el honor: así como los hombres se diversifican según la variedad de los méritos por los cuales se otorgan, también los amores son diferentes según la variedad de las bondades amadas. El sumo honor corresponde a la suma excelencia, y el sumo amor a la suma bondad. El amor de Dios es el amor sin par, porque la bondad de Dios es la bondad sin

igual. *Escucha Israel: El Señor Dios nuestro es el solo Señor; por lo tanto, amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*[23]. Porque Dios es el único Señor, y porque su bondad es infinitamente eminente sobre toda bondad, hay que amarle con un amor elevado, excelente y fuerte sin comparación. Esta es la suprema dilección, cuya estima infunde Dios de tal manera en nuestras almas, haciendo también que le apreciemos en tan alto grado el bien de serle agradables, que lo preferimos y nos aficionamos a él sobre todas las cosas. Ahora bien, ¿no ves que el que ama a Dios de esta suerte, tiene toda su alma y toda su energía consagradas a Dios, pues siempre y para siempre, en todas las circunstancias, preferirá la gracia de Dios a todas las cosas, y estará siempre dispuesto a dejar todo el universo, para conservar el amor debido a la divina bondad? En una palabra, es el amor de excelencia, o la excelencia del amor, lo que se manda a todos los mortales en general, y a cada uno de ellos en particular, desde que han llegado al uso de la razón: amor suficiente para cada uno y necesario a todos para salvarse.

VII

Aclaración del capítulo anterior

No siempre se conoce con claridad, y nunca se conoce con certeza, a los menos con certeza de fe, si se posee el verdadero amor de Dios, necesario para salvarse; mas, a pesar de todo, no deja de haber de ello muchas señales, entre las cuales, la más segura y casi infalible se da cuando algún amor grande a las criaturas se opone a los designios del amor de Dios. Porque, si entonces el amor divino está en el alma, preferirá la voluntad de Dios a todas las cosas, y, en todas las ocasiones que se ofrezcan, lo dejará todo para conservarse en la gracia de la suma bondad, sin admitir cosa alguna que pueda separarle de ella; de suerte que, si bien este divino amor no conmueve ni enternece tanto el corazón como los otros amores, sin embargo, cuando se da el caso, realiza acciones nobles y excelentes, que una sola de ellas vale más que diez millones de las otras.

VIII

Memorable historia para dar bien a entender en qué estriba la fuerza y la excelencia del sagrado amor

De lo dicho se sigue que el amor a Dios sobre las cosas ha de tener enorme alcance. Ha de sobreponerse a todos los afectos, vencer todas las dificultades y preferir el honor de la amistad de Dios a todas las cosas; y digo *a todas las cosas*, absolutamente, sin excepción y reserva de ningún género, y lo digo con gran encarecimiento, porque se encuentran personas que dejarían animosamente todos los bienes, el honor y la propia vida por nuestro Señor, las cuales sin embargo, no dejarían por Él otras cosas de mucha menor consideración.

En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, vivía en Antioquía un sacerdote llamado Sapricio, y un seglar, por nombre Nicéforo, los cuales, por causa de su grande y antigua amistad, se consideraban como hermanos. Mas sucedió, al fin, que, no sé por qué motivos, esta amistad falló, y, según suele acontecer fue reemplazada por un odio todavía más encendido, el cual reinó, durante algún tiempo entre ellos, hasta que Nicéforo, reconociendo su falta, hizo tres tentativas de reconciliación con Sapricio, al cual, unas veces por unos y otras veces por otros de sus comunes amigos, hacía llegar todas las palabras de satisfacción y de sumisión que podía desear. Pero Sapricio, sin doblegarse ante sus invitaciones, rehusó siempre la reconciliación, con tanta energía, cuanto mayor era la humildad de Nicéforo, creyendo que si Sapricio le veía postrado ante él y pidiéndole perdón, se sentiría más vivamente conmovido, salióle al encuentro en su casa, y, arrojándose decididamente a sus pies: Padre mío —le dijo—, perdonadme; os lo ruego por el amor a Nuestro Señor. Pero este acto de humildad fue despreciado y desechado como los precedentes.

Entretanto, levantóse una cruel persecución contra los cristianos, durante la cual, Sapricio hizo prodigios en sufrir mil y mil tormentos por la confesión de la fe, especialmente cuando le sacudieron y le hicieron dar vueltas en un instrumento construido al efecto, a guisa de torno de prensa, sin que jamás perdiese la constancia, por lo que irritado, en extremo el gobernador de Antioquía, le con-

denó a muerte. Fue enseguida sacado de la cárcel, para ser conducido al lugar donde había de recibir la corona del martirio. Apenas Nicéforo se dio cuenta de ello, corrió sin demora hacia Sapricio, y, habiéndolo encontrado, postrose en tierra y exclamó, en alta voz: ¡Oh mártir de Cristo!, perdonadme, pues os he ofendido. Como Sapricio no hiciese caso, el pobre Nicéforo, dando un rodeo por otra calle, se le puso otra vez delante, y, con las misma humildad, conjuróle de nuevo a que le perdonara, con estas palabras: ¡Oh mártir de Cristo!, perdonadme la ofensa que os hice, como hombre que soy, expuesto a fallar; porque, he aquí que pronto una corona os será dada por el Señor, a quien no habéis negado, sino que habéis confesado su nombre en presencia de muchos testigos. Pero Sapricio, prosiguiendo en su obstinada dureza, no le respondió palabra. Los verdugos, maravillados de la perseverancia de Nicéforo: Nunca —le dijeron— hemos visto un loco tan rematado como tú; este hombre va a morir en seguida, ¿por qué, pues, necesitas su perdón? A lo que replicó Nicéforo: Vosotros no sabéis lo que yo pido al confesor de Jesucristo pero lo sabe Dios.

Apenas hubo llegado Sapricio al lugar del suplicio, cuando Nicéforo, postrado otra ven en tierra: Os ruego —decía—, oh mártir de Jesucristo, que me perdonéis; porque escrito está: *Pedid y se os dará*[24]; palabras que no lograron doblar el corazón desleal y rebelde del miserable Sapricio, el cual, al negarse obstinadamente a usar de misericordia con su prójimo, fue también, por justo juicio de Dios, privado de la gloriosa palma del martirio; porque al decirle los verdugos que se pusiera de rodillas, para cortarle la cabeza, comenzó a perder el ánimo y a capitular con ellos, hasta hacer, finalmente este acto de deplorable y vergonzosa sumisión: ¡Ah!, por favor, no me cortéis la cabeza; voy a hacer lo que los emperadores mandan y a sacrificar a los ídolos. El buen Nicéforo, al oír esto, comenzó a clamar: ¡Ah, mi querido hermano! no queráis, os lo ruego, no queráis quebrantar la ley y renegar de Jesucristo; no le dejéis y no perdáis la celestial corona, ganada con tantos trabajos y tormentos. Mas ¡ay!, este infeliz sacerdote, al llegar al altar del martirio, para consagrar su vida al Dios eterno, no se acordó de que el príncipe de los mártires había dicho: *Si, al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda, y ve primero a*

reconciliarte con tu hermano, y después vovlerás a presentar tu ofrenda[25]. Por esta causa Dios rechazó su presente, retiró de él su misericordia y permitió, no sólo que perdiese la suprema dicha del martirio, sino también que se precipitase en la desgracia de la idolatría; mientras que el humilde y dulce Nicéforo, al ver esta corona del martirio vacante por la apostata del empedernido Sapricio, tocado de una feliz y extraordinaria inspiración, se empeñó osadamente en obtenerla, diciendo a los arqueros y a los verdugos: Amigos míos, soy cristiano de verdad y creo en Jesucristo, de quien éste ha renegado; os ruego, pues, que me pongáis en su lugar y que me cortéis la cabeza. Maravillados los arqueros, llevaron la nueva al gobernador, el cual mandó que Sapricio fuese puesto en libertad y que Nicéforo fuese ajusticiado, lo cual acaeció el día 9 de febrero del año 260 de nuestra salud, según el relato de Metafraste y Surio. Historia espantosa y digna de ser muy meditada a propósito de lo que vamos diciendo. Porque ¿ves, mi querido Teótimo, cómo este valiente Sapricio es audaz y fervoroso en la confesión de la fe, cómo padece mil tormentos, cómo permanece inconmovible y firme en la confesión del nombre del Salvador, mientras da vueltas y es despedazado en aquel instrumento a manera de torno, y cómo está a punto de recibir el golpe de muerte para llegar a la cumbre más eminente de la fe divina, prefiriendo el honor de Dios a su propia vida? Y sin embargo, porque, por otra parte, prefiere, antes que la voluntad divina, la satisfacción que su ánimo cruel siente en su odio a Nicéforo, se queda corto en la carrera, y cuando llega el momento de alcanzar y ganar el premio de la gloria por el martirio, cae lastimosamente, se rompe el cuello y va a dar de cabeza en la idolatría.

Es, pues, muy cierto, mi querido Teótimo, que no nos basta amar a Dios más que a nuestra propia vida, si no le amamos de una manera general y absoluta, y sin excepción alguna sobre todo lo que amamos o podemos amar.

Pero me dirás: ¿Acaso nuestro Señor no nos dio a conocer cual sea el colmo del amor, cuando dijo que *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos?*[26]. Es verdad que entre los actos y testimonios del amor divino, no hay otro mayor que el de arrostrar la muerte por la gloria de Dios. Sin embargo, también es verdad que, aunque sea uno solo el acto y uno solo el testi-

monio que merezca el nombre de obra maestra de la caridad, con todo, además de éste, son muchos los otros actos que la caridad exige de nosotros, y los exige con tanto mayor ardor y energía, cuanto que son actos más fáciles y más generlamente necesarios para todos los amantes y más generalmente necearios para la conservación del santo amor. ¡Oh miserable Sapricio! ¿Te atreverías a decir que amabas a Dios cual conviene amarle, cuando posponías su voluntad a la pasión de odio y de rencor que sentías contra el pobre Nicéforo? Querer morir por Dios es el más grande, pero no el único acto de amor que le debemos; y querer este solo acto, rechazando los demás, no es caridad sino vanidad. La caridad no es fanfarrona, y lo sería en extremo, si queriendo complacer al Amado en cosas dificultosas, le desagradase en las fáciles. ¿Cómo podrá morir por Dios el que no quiere vivir según Dios?

Un espíritu bien equilibrado, deseoso de dar la vida por un amigo, estaría sin duda, dispuesto a padecer cualquier otra cosa por él, pues ha de haber despreciado todas las cosas el que antes ha despreciado la muerte. Pero el espíritu humano es débil, inconstante y caprichoso; ésta es la causa por la cual los hombres prefieren, a veces, morir, a soportar penas más ligeras, y dan gustosamente su vida en aras de ciertas satisfacciones sumamente necias, pueriles y vanas. Habieno sabido Agripina que el hijo que llevaba en su seno sería emperador, pero que le daría muerte: Que me mate —dijo—, con tal que llegue a reinar. Mira el desorden de este corazón locamente maternal; prefiere el encumbramiento de su hijo a su propia vida. Catón y Cleopatra antes eligieron la muerte que ver el contento y la gloria que sus enemigos hubieran recibido de su prisión; y Lucrecia se dio cruelmente la muerte, para no tener que soportar injustamente la vergüenza de un hecho en el cual, según parece, no había tenido parte. ¡Cuántas personas hay que morirían con gusto por sus amigos, pero que se negarían a ponerse a su servicio y a someterse a su voluntad! Muchas expondrían su vida, pero jamás expondrían su bolsa. Y, aunque son muchos los que comprometieron su vida en la defensa de un amigo, sólo se encuentra uno en cada siglo que esté dispuesto a comprometer su libertad y a perder una onza de la reputación, o de la fama más vana e inútil del mundo, por quienquiera que sea.

IX

Cómo debemos amar a la divina bondad sumamente y más que a nosotros mismos

El amor de Dios, sin embargo, precede a todo amor a nosotros mismos, aun por inclinación natural de nuestra voluntad, tal como queda declarado en el libro primero.

La voluntad está de tal manera dedicada y consagrada a la bondad, que, si una bondad infinita le es mostrada claramente, es imposible, sin un milagro, que no la ame sumamente. Así, los bienaventurados se sienten arrebatados e impelidos, aunque no forzados, a amar a Dios, cuya suma bondad contemplan con toda claridad.

Mas, en esta vida mortal, no nos sentimos apremiados todos a amarle tan soberanamente, pues no le conocemos tan perfectamente. En el cielo, donde le veremos cara a cara, le amaremos de corazón a corazón, es decir, al ver todos, si bien cada uno según su medida, la infinita hermosura con una visión extremadamente clara, seremos arrebatados por el amor de su infinita bondad, con un encanto tan fuerte, que no querremos ni podremos hacerle jamás resistencia. Pero, en esta tierra, donde no vemos esta soberana bondad en su belleza, sino que tan sólo la entrevemos en medio de nuestras obscuridades, nos sentimos inclinados y atraídos, pero no arrebatados a amarle más que a nosotros mismos; sino antes al contrario, aunque tenemos esta santa inclinación a amar a la Divinidad sobre todas las cosas, no tenemos, empero, fuerza para ponerla en práctica, si esta misma divinidad no derrama sobrenaturalmente sobre nuestros corazones su santísima caridad.

Es verdad, no obstante, que, así como la clara visión de la Divinidad produce infaliblemente la necesidad de amarla más que a nosotros mismos, a su vez, la visión velada, es decir, el conocimiento natural de la Divinidad, produce infaliblemente la ternura y la inclinación a amarla también más que a nosotros mismos. Porque, dime, Teótimo, ¿es posible que la voluntad destinada a amar el bien, pueda conocer, siquiera un poco, el bien sumo, sin sentirse al mismo tiempo inclinada, aunque sólo sea un poco, a amarle extraordinariamente? Entre todos los bienes que no son infinitos,

nuestra voluntad preferirá siempre, en su amor, el que más de cerca le toque, y, sobre todo, el propio bien; pero hay tan poca proporción entre lo infinito y lo finito, que nuestra voluntad, que conoce un bien infinito, se siente indudablemente conmovida e incitada a preferir la amistad del abismo de esta bondad infinita a toda otra suerte de amor, y aun al de nosotros mismos.

Pero esta inclinación es principalmente fuerte en nosotros, porque estamos más en Dios que en nosotros mismos; vivimos más en Él que en nosotros, y somos de tal manera de Él, por Él, y para Él, que no podemos pensar serenamente lo que nosotros somos con respecto a Él y lo que Él es con respecto a nosotros, sin que nos veamos forzados a exclamar: Soy vuestro Señor, y no he de ver sino para Vos; mi alma es vuestra, y no debe vivir sino para Vos; mi amor es vuestro, y no ha de tender sino hacia Vos. Debo amaros como a mi primer principio, pues vengo de Vos; he de amaros como a mi fin y mi reposo, pues soy para Vos; he de amaros más que a mi ser, pues mi ser subsiste por Vos; he de amaros más que a mí mismo, pues soy todo vuestro y esto todo en Vos.

X

Cómo la santísima caridad produce el amor al prójimo

Así como Dios *creó al hombre a su imagen y semejanza*[27], así también le ordenó un amor al hombre a imagen y semejanza del amor debido a su divinidad. *Amarás* —dice— *al Señor Dios tuyo con todo tu corazón. Este es el primero y el más grande mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo*[28]. ¿Por qué, amamos a Dios? La causa por la cual amamos a Dios —dice San Bernardo— es el mismo Dios; como si dijera que amamos a Dios, porque es la suma e infinita bondad. ¿Por qué nos amamos a nosotros mismos en caridad? Porque somos la imagen y la semejanza de Dios. Ahora bien, puesto que todos los hombres tienen esta misma dignidad, les amamos también como a nosotros mismos, es decir, en su calidad de imágenes santas y vivientes de la divinidad, porque es merced a esta cualidad,

que pertenecemos a Dios, con una tan estrecha alianza y amable dependencia, que no tiene ninguna dificultad en llamarse nuestro padre y en llamarnos hijos suyos; y es por esta cualidad, que somos capaces de unirnos a su divina esencia, por el goce de su bondad y de su felicidad soberana; es por esta cualidad, que recibimos su gracia y que nuestros espíritus están asociados al suyo santísimo, hechos, por decirlo así, partícipes de su divina naturaleza, como lo dice San Pedro[29]. De esta manera, pues, la misma caridad que produce los actos de amor a Dios produce, al mismo tiempo, los actos de amor al prójimo. Y así como Jacob vio que una misma escalera tocaba al cielo y a la tierra y servía a los ángeles tanto para subir como para bajar, igualmente sabemos nosotros que un mismo amor se extiende a amar a Dios y a amar al prójimo, levantándonos a la unión de nuestro espíritu con Dios y conduciéndonos a la amorosa compañía de los prójimos, pero de tal suerte que amamos al prójimo en cuanto es la imagen y la semejanza de Dios, creada para comunicar con la divina bondad, para participar de su gracia y gozar de su gloria.

Amar al prójimo por caridad, es amar a Dios en el hombre o al hombre en Dios; es amar a Dios por amor al mismo, y a la criatura por amor a Dios. Habiendo llegado el joven Tobías, acompañado del ángel Rafael, a casa de Raquel, su pariente, al cual, con todo, era desconocido, en cuanto Raquel puso sus ojos en él, en seguida, como cuenta la Escritura, volviéndose a Ama, su mujer, le dijo: *¡Cuán parecido es este joven a mi primo hermano!* Dicho esto, preguntóles: *¿De dónde sois, oh jóvenes, hermanos nuestros?* A lo cual respondieron: *Somos de la tribu de Neftalí, de los cautivos de Nínive.* Díjoles Raquel: *¿Conocéis a Tobías, mi primo hermano? Le conocemos,* respondieron ellos. Y diciendo él muchas alabanzas de Tobías, el ángel dijo a Raquel: *Tobías, de quien hablas, es el padre de éste.* Entonces Raquel le echó los brazos, y besándole con muchas lágrimas, y llorando abrazado a su cuello, dijo:*Bendito seas tú, hijo mío, que eres hijo de un hombre de bien, de un hombre virtuosísimo. Asimismo, Ana, mujer de Raquel, y Sara, hija de ambos, prorrumpieron en llanto de ternura*[30]. ¿No véis cómo Raquel, sin conocer a Tobías, le abraza, le acaricia, le besa y llora de amor, abrazado a él? ¿De dónde proviene este amor, sino del que tiene al viejo Tobías, su padre, a quien tanto se parece

este joven? *Bendito seas* —le dice— más ¿por qué? No es ciertamente porque eres un buen joven, pues todavía no lo sé; *porque eres hijo* de Tobías y te pareces a tu padre, *que es un hombre muy bueno.*

Cuando vemos al prójimo creado a imagen y semejanza de Dios, ¿no deberíamos decirnos, los unos a los otros: Ved cómo se parece a su Creador esta criatura? ¿No deberíamos llenarle de bendiciones? Mas, ¿por amor a él? No, por cierto, pues no sabemos si, de suyo, es digno de amor o de odio. ¿Pues por qué? Por el amor de Dios, que lo ha formado a su imagen y semejanza y, por consiguiente, lo ha hecho capaz de participar de su bondad, en la gracia y en la gloria; por el amor de Dios, de quien es, a quien pertenece, en quien está, para quien es y a quien se parece de una manera tan singular. Por esta causa, el amor divino no sólo ordena el amor al prójimo, sino que, muchas veces, él mismo lo produce y lo derrama en el corazón humano, como imagen y semejanza suya; pues, así como el hombre es la imagen de Dios, de la misma manera el amor sagrado del hombre al hombre es la verdadera imagen del amor celestial del hombre a Dios. Pero este discurso del amor al prójimo requiere un tratado aparte, por lo que suplico al soberano Amante de los hombres que lo quiera inspirar a alguno de sus excelentes siervos, pues el colmo del amor a la divina bondad del Padre celestial consiste en la perfección del amor a nuestros hermanos y compañeros.

XI

Del celo o celos que debemos tener para con nuestro Señor

El corazón de Dios es tan abundante en amor, su bien es tan infinito, que todos pueden poseerlo sin que, por esto, ninguno lo posea menos, pues esta infinita bondad no puede agotarse, aunque llene todos los espíritus del universo; porque, después que todo está colmado de ella, su infinidad se conserva toda entera, sin la menor disminución. El sol no mira menos una rosa, aunque mire mil millones de otras flores, que si mirara a ella sola. Y Dios no derrama menos su amor sobre un alma, aunque ame a una infini-

dad de ellas, que si amase a aquella sola, pues la fuerza de su amor no disminuye unpunto por la multitud de rayos que despida, sino que siempre permanece en toda la plenitud de su inmensidad.

El celo que hemos de tener para con la divina Bondad es ante todo odiar, ahuyentar, estorbar, rechazar, combatir y derribar todo lo que es contrario a Dios, es decir a su voluntad, a su gloria y a la santificación de su nombre. *Aborrecí la injusticia* —dice David— *y la detesté*[31] *¿No es así,Señor, que yo he aborrecido a los que te aborrecían? ¿Y no me consumía interiormente por causa de tus enemigos?*[32]. *Mi celo me ha hecho consumir, porque mis enemigos se han olvidado de tus palabras*[33]. Contempla, Teótimo, a este gran rey. ¡De qué celo está animado. No *odia* simplemente la iniquidad, sino que *abomina* de ella; *se consume* de pena, al verla; *se desmaya y desfallece*, la persigue, la derriba y la extermina. De la misma manera, el celo, que devoraba el corazón de nuestro Salvador hizo que arrojase y que, al mismo tiempo, vengase la irreverencia y la profanación que aquellos vendedores y traficantes cometían en el templo[34].

En segundo lugar, el celo nos hace ardientemente celosos por la pureza de las almas, que son esposas de Jesucristo, según dice el Apóstol a los Corintios: *Yo soy amante celoso de vosotros, en nombre de Dios, pues os tengo desposados con este único Esposo, que es Cristo, para presentaros a Él como una casta virgen*[35]. Con lo cual quiere decir el glorioso San Pablo a los Corintios: He sido enviado por Dios a vuestras almas, para tratar del matrimonio de una eterna unión entre su Hijo nuestro Salvador y vosotros; *yo os he prometido a Él para presentaros como una virgen casta* a este divino Esposo, y he aquí porque *estoy celoso*; mas no son celos propios, sino con los celos de Dios, en cuyo nombre he tratado con vosotros.

Estos celos, Teótimo, hacían morir y desfallecer, todos los días, a este santo Apóstol: *No hay día* —dice— *en que yo no muera por vuestra gloria*[36]. *¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado, que yo no me abrase?*[36]. Ved qué cuidado y qué celos el de una clueca para con sus polluelos, pues nuestro Señor no juzgó esta comparación indigna de su Evangelio. La gallina es un animal sin valor y sin generosidad, mientras no es madre; pero, en cuanto llega a serlo, tiene un corazón de león,

siempre con la cabeza erguida, siempre con los ojos vigilantes; siempre volviendo la vista a todos lados, por insignificante que sea la apariencia de peligro para sus pequeñuelos; no se presenta enemigo ante sus ojos, contra el cual no se lance, en defensa de sus polluelos, por los que tiene una solicitud continua, que la hace andar siempre cacareando y gimiendo. Y, si alguno de sus pequeños perece, ¡qué pena! ¡qué cólera! Es el celo de los padres y de las madres para con sus hijos; de los pastores, para con sus ovejas; de los hermanos, para con sus hermanos. ¡Qué celo el de los hijos de Jacob, cuando supieron que Dina había sido deshonrada! ¡Qué celo el de Job ante el temor de que sus hijos ofendiesen a Dios! ¡Qué celo el de San Pablo para con sus hermanos según la carne y para con sus hijos según Dios, por los cuales hasta deseaba ser apartado de Cristo, como un criminal digno de anatema y excomunión![38]. ¡Qué celo el de Moisés para con su pueblo, por el cual, en cierta ocasión, quiso ser borrado del libro de la vida![39].

En los celos humano, tememos que la cosa amada sea poseída por algún otro; pero el celo que tenemos por Dios hace que, al contrario, temamos, ante todo, no ser enteramente poseídos por Él. Los celos humanos nos hacen temer no ser bastante amados; los celos cristianos nos infunden el temor de no amar bastante.

XII

Aviso sobre la manera de conducirse en el santo celo

Siendo el celo como un ardor y vehemencia del amor, necesita ser sabiamente dirigido, pues de lo contrario violaría los términos de la modestia y de la discreción; no porque el divino amor, por vehemente ue sea, pueda ser excesivo, ni en sí mismo ni en los movimientos e inclinaciones que imprime en los espíritus, sino porque, en la ejecución de sus proyectos, echa mano del entendimiento, ordenándole que busque los medios para el éxito y de la audacia o de la cólera para vencer las dificultades, con lo cual acaece, con frecuencia, que el entendimiento propone y hace emprender caminos demasiado ásperos y violentos, y que la cólera o la audacia, una vez excitadas, no pudiendo contenerse en los lími-

tes que señala la razón, arrastran el corazón al desorden, de suerte que el celo, de esta manera, se ejerce indiscreta y desordenadamente, lo cual lo hace malo y reprensible. El celo emplea la ira contra el mal, pero le ordena siempre, con gran encarecimiento, que, al destruir la iniquidad y el pecado, salve, si puede, al pecador y al malo. Aquel buen padre de familia que nuestro Señor describe en el Evangelio, sabía bien que los siervos fogosos y violentos suelen ir más allá de las intenciones de su dueño, pues, al ofrecerse los suyos para ir a escardar, a fin de arrancar la cizaña: *No* —les dijo—, *porque no suceda que, arrancando la cizaña, arranques juntamente el trigo*[40]. Ciertamente, Teótimo, la ira es un siervo que, por ser fuerte, animoso y muy emprendedor, realiza mucha labor; pero es tan ardiente, tan inquieto, tan irreflexivo e impetuoso, que no hace ningún bien sin que, ordinariamente, cause, al mismo tiempo, muchos males.

El amor propio nos engaña con frecuencia y nos alucina, poniendo en juego sus propias pasiones bajo el nombre de celo. El celo se ha servido alguna vez de la cólera, y ahora la cólera, en desquite, se sirve del nombre del celo, para encubrir su ignominioso desconcierto. Digo que se sirve del nombre del celo, porque no puede servirse del celo en sí mismo, por ser propio de todas las virtudes, sobre todo de la caridad, de la cual depende el celo, el ser tan buenas, que nadie puede abusar de ellas.

Pero hay personas que creen que es imposible tener mucho celo sin montar fuertemente en cólera, y que nada se puede arreglar sin echarlo a perder todo; siendo así que, por el contrario, el verdadero celo nunca se sirve de la cólera; porque, así como el hierro y el fuego no se aplican a los enfermos, sino cuando no queda otro recurso, de la misma manera el santo celo no echa mano de la cólera sino en los casos de necesidad extrema.

XIII

Que el ejemplo de muchos santos, los cuales, según parece, ejercitaron el celo con cólera, en nada contradice lo dicho en el capítulo precedente

Un día en que nuestro Señor pasaba por Samaria, envió a bus-

car alojamiento en una ciudad; pero sus habitantes, al saber que nuestro Señor era judío de nación y que iba a Jerusalén, no quisieron admitirle. Viendo esto sus discípulos, Santiago y Juan, dijeron: *¿Quieres que mandemos que llueva fuego de cielo y los devore? Pero Jesús, vuelto a ellos, les respondió, diciendo: No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder hombres, sino para salvarlos*[41]. Santiago y Juan, que querían imitar a Elías, haciendo caer fuego del cielo sobre los hombres, fueron reprendidos por nuestro Señor, el cual les dio a entender que su espíritu y su celo eran dulces, mansos y bondadosos, y que no empleaba la indignación y la cólera sino muy raras veces, cuando no había esperanza de poder sacar provecho de otra manera. Santo Tomás, aquel gran astro de la Teología, estaba enfermo de la enfermedad de que murió, en el monasterio de Fosanova, de la orden del Císter, cuando he aquí que los religiosos le pidieron que les hiciese una breve exposición del sagrado Cantar de los Cantares, a imitación de San Bernardo. Respondióles el Santo: Mis queridos padres, dadme el espíritu de San Bernardo e interpretaré este divino cántico como San Bernardo. Asimismo, si a nosotros, pobres cristianos, miserables, imperfectos y débiles, nos dicen: Ayudaos de la ira y de la indignación en vuestro celo, como Fineés, Elías, Matatías, San Pedro y San Pablo, hemos de responder: Dadnos el espíritu de perfección y de puro celo, juntamente con la luz interior de estos grandes santos, y nos llenaremos de ira como ellos. No es patrimonio de todos saber encolerizarse cuando conviene y como conviene.

Estos grandes santos estaban directamente inspirados por Dios, y, por lo tanto, podían sin peligro, echar mano de la cólera; porque el mismo espíritu que provocaba en ellos estas explosiones, sostenía las riendas de su justo enojo, para que no fuera más allá de los límites que de antemano le había señalado. Una ira que está inspirada o excitada por el Espíritu Santo, no es ya la ira del hombre, y es precisamente la *ira del hombre* la que hay que evitar, pues, como dice el glorioso Santiago, *no obra la justicia de Dios*[42]. Y, de hecho, cuando estos grandes siervos de Dios se servían de la cólera, lo hacían en ocasiones tan solemnes y por crímenes tan atroces, que no corrían ningún peligro de que la pena excediese a la culpa.

Ciertamente, ninguno de nosotros es San Pablo para saber hacer las cosas a propósito. Pero los espíritus agrios, mal humorados, presuntuosos y maldicientes, al dejarse llevar de sus inclinaciones, de su humor, de sus aversiones y de su jactancia, quieren cubrir su injusticia con la capa del celo, y cada uno, bajo el nombre de fuego sagrado, se deja abrasar por sus propias pasiones. El celo por la salvación de las almas hace desear las prelacías, dice el ambicioso; hace correr de acá para allá al monje destinado al coro, dice este espíritu inquieto; es causa de rudas censuras y murmuraciones contra los prelados de la Iglesia y contra los príncipes temporales, dice el arrogante. No hablan estos sino de celo, mas no aparece tal celo, sino tan sólo la maledicencia, la cólera, el odio, la envidia y la ligereza de espíritu y de lengua.

Se puede practicar el celo de tres maneras: primeramente, realizando grandes actos de justicia, para rechazar el mal; pero esto sólo corresponde a aquellos que, por razón de su oficio, están autorizados para corregir, censurar y reprender públicamente, en calidad de superiores, como los príncipes, los magistrados, los prelados y los predicadores; mas, por ser este papel respetable, todos quieren desempeñarlo y entrometerse en él. En segundo lugar, se ejercita el celo practicando grandes actos de virtud, para dar buen ejemplo, sugiriendo los remedios contra el mal, exhortando a emplearlos, obrando el bien contrario al mal que quiere exterminar, lo cual incumbe a todos, si bien son pocos los que lo quieren practicar. Finalmente, se practica el celo de una manera muy excelente padeciendo y sufriendo mucho para impedir y alejar el mal, y casi nadie quiere practicar esta clase de celo.

En verdad, el celo de nuestro Señor se puso principalmente de manifiesto en la muerte de cruz, para destruir la muerte y el pecado de los hombres, en lo cual fue excelentemente imitado por aquel admirable vaso de elección[43] y de dilección, según lo expresa con palabras de oro el gran San Gregorio Nacianceno; porque, hablando de este santo apóstol, dice: «Combate por todos, derrama sus preces por todos, es pasionado de celo por todos, está abrasado por todos y se atreve a más que todo esto por sus hermanos según la carne, pues llega hasta desear, por caridad, ser apartado, por ellos, de Jesucristo[44]. ¡Oh excelencia de un valor y de un fervor de espíritu increíble! Imita a Jesucristo, que *se hizo, por nosotros, objeto de*

maldición[45], *cargó con nuestras dolencias y tomó sobre Sí nuestras enfermedades*[46]; o mejor dicho, fue el primero, después del Salvador, que no rehusó sufrir y ser reputado por impío por nuestra causa».

El verdadero celo es hijo de la caridad, porque es el ardor de la misma; por esta causa, es, como ella, *paciente y benigno,* sin turbación, sin altercado, sin odio, sin envidia, *y se regocija en la verdad*[47].

XIV

Cómo nuestro Señor practicó todos los actos más excelentes de amor

Después de haber hablado tan largamente de los actos sagrados del amor divino, para que más fácil y santamente conserves su recuerdo, voy ahora a ofrecerte un compendio y resumen de los mismos. La caridad de Cristo *nos apremia*[48], dice el gran Apóstol. Sí, ciertamente, Teótimo, esta caridad nos fuerza y hace violencia, con su infinita dulzura, practicando durante toda la obra de nuestra redención, en la cual *apareció la benignidad y el amor de Dios para con los hombres*[49]; porque ¿qué no hizo este divino Amante en materia de amor?

1.º Nos amó con amor de complacencia, por que tuvo *sus delicias en estar con los hijos de los hombres*[50], y en atraer al hombre hacia Sí, haciéndose Él mismo hombre.

2.º Nos amó con amor de benevolencia, estableciendo su propia divinidad en el hombre, de manera que el hombre fuese Dios.

3.º Se unió a nosotros por un lazo incomprensible, adhiriéndose y abrazándose tan fuerte, indisoluble e infinitamente con nuestra naturaleza, que jamás cosa alguna estuvo tan estrechamente vinculada y adherida a la humanidad, como lo está la santísima divinidad, en la persona del Hijo de Dios.

4.º Se difundió en nosotros, y, por decirlo así, derritió su grandeza para reducirla a la forma y a la figura de nuestra pequeñez, por lo que fue llamado fuente de agua viva, rocío y lluvia del cielo.

5.º Estuvo en éxtasis, no sólo porque, como dice San Dionisio,

salió fuera de Sí mismo, en un exceso de su amorosa bondad, extendiendo su providencia a todas las cosas y permaneciendo en todas ellas; sino también, porque, según dice San Pablo, se dejó a Sí mismo, se vació de Sí mismo, se despojó de su grandeza y de su gloria, descendió del trono de su incomprensible majestad, y, si es lícito hablar así, *se anonadó a Sí mismo*[51], para venir a nuestra humanidad, llenarnos de su divinidad, colmarnos de su bondad, elevarnos a su dignidad y darnos el divino ser de hijos de Dios.

6.° Admiróse muchas veces por amor, como le ocurrió con el centurión y con la cananea.

7.° Contempló al joven que hasta entonces había guardado los mandamientos, y deseó encaminarlo hacia la perfección.

8.° Reposó amorosamente en nosotros y aun con alguna suspensión de sus sentidos, como en el seno de su madre y en su infancia.

9.° Tuvo ternuras con los pequeñuelos, a los que tomó en sus brazos y acarició amorosamente; con María, con Magdalena y con Lázaro, sobre quien lloró, como también sobre Jerusalén.

10.° Estuvo animado de un celo sin par, el cual, como dice San Dionisio, se convirtió en celos, y alejó, en cuanto estuvo en su mano, todo mal de su amada naturaleza humana, con peligro y aun a costa de su propia vida, echando de ella al diablo, príncipe de este mundo, que parecía ser su rival.

11.° Padeció mil dolencias de amor; porque ¿de dónde podían proceder estas divinas palabras: *Con un bautismo he de ser bautizado, y ¡cómo tengo oprimido mi corazón hasta que lo vea cumplido!*[52]. Veía la hora en que había de ser bautizado con su sangre, y desfallecía, mientras no llegaba: el amor que nos profesaba le apremiaba a librarnos, con su muerte, de la muerte eterna. Y así se entristeció, sudó sangre de angustia, en el huerto de los Olivos, no sólo por el extremado dolor que su alma sentía, en la parte inferior de su razón, sino también por el amor que, por nosotros, sentía en la parte superior de la misma; el dolor le infundía espanto ante la muerte, y el amor grandes deseos de ella, de suerte que un rudo combate y una cruel *agonía* se entabló entre el deseo y el horror a la muerte, hasta provocar una gran *efusión de sangre,* que manó como de unas fuente, *chorreando hasta el suelo*[53].

12.° Finalmente este divino Amante murió entre las llamas y

los ardores de su infinita caridad para con nosotros y por la fuerza y la virtud del amor; es decir, murió en el amor, por el amor, para el amor y de amor. Porque, aunque los crueles suplicios fueron suficientísimos para hacer morir a cualquiera, con todo jamás la muerte hubiera podido entrar en la vida de Aquel en cuyo poder están las *llaves* de la vida y de la *muerte*[54], si el divino amor, que mueve estas llaves, no le hubiese abierto las puertas para que pudiese saquear aquel divino cuerpo y arrebatarle la vida; pues el amor no se contentó con haberlo hecho mortal por nosotros, sino que le quiso muerto. Murió por propia elección y no por la vehemencia del mal. *Nadie me arranca la vida, sino que Yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla*[55]. Fue ofrecido —dice Isaías—, *porque Él mismo lo quiso*[56], y así, no se dice que su espíritu se fue, le dejó y se separó de Él, sino, al contrario, que fue Él quien lo *entregó*[57], *exhaló, y lo puso en manos del Padre*[58], eterno; y hace notar San Atanasio que *inclinó la cabeza*[59] para morir, en señal de asentimiento, cuando llegó la muerte, lo cual, si así no fuera, no se hubiera atrevido a acercarse a Él; y *clamando con una voz muy grande*[60], envió su espíritu al Padre, para dar a entender que, así como tenía bastante fuerza y aliento para no morir, tenía también tanto amor, que no podía vivir sin hacer volver a la vida, con su muerte, a los que, sin esto, jamás hubieran podido evitar la muerte ni pretender la verdadera vida. La muerte del Salvador fue un verdadero sacrificio, y un sacrificio de holocausto, que Él mismo ofreció a su Padre por nuestra redención. Porque, si bien las penas y los dolores de su pasión fueron tan grandes y tan fuertes, que cualquiera otro hombre hubiera muerto de ellos, con todo, en cuanto a Él, nunca hubiera muerto, si no hubiese querido y si el fuego de su infinita caridad no hubiese consumido su vida. Fue, pues, Él mismo el sacrificador que se ofreció a su Padre, y el que se inmoló por amor.

Sin embargo, esta muerte amorosa del Salvador no tuvo lugar por vía de arrobamiento. Porque el objeto por el cual su caridad le llevó a la muerte no fue tan amable que pudiese arrebatar a aquella alma divina, la cual salió de su cuerpo impelida y lanzada por la afluencia y la fuerza del amor, como arroja la mirra su primer licor, por su sola abundancia, sin que nadie se lo saque ni la exprima, según lo que el mismo Señor dijo, como ya lo hemos notado: *Na-*

die me arranca ni arrebata la vida, sino que la doy de mi propia voluntad[61]. ¡Dios mío, qué brasero, para inflamarnos en la práctica de los ejercicios del santo amor a un Salvador tan bueno, el ver que Él los practicó por nosotros, que somos tan malos! Esta es, pues, *la caridad de Cristo que nos apremia*[62].

LIBRO ONCE

De la soberana autoridad que el amor sagrado ejerce sobre todas las virtudes, acciones y perfecciones del alma

I

Cómo todas las virtudes son agradables a Dios

La virtud es tan amable, por su propia naturaleza, que Dios la favorece dondequiera que la ve. Los paganos, practicaban algunas virtudes humanas y cívicas, cuya condición no excedía las fuerzas del espíritu racional. Puedes pensar, Teótimo, cuán poca cosa era esto. A la verdad, aunque estas virtudes tuviesen mucha apariencia, tenían de hecho muy poco valor, a causa de la bajeza de la intención de quienes las practicaban, los cuales no buscaban sino la propia honra, o algún fin muy insignificante, como las conveniencias sociales, o la satisfacción de alguna ligera tendencia hacia el bien, la cual, no encontrando gran oposición, les inclinaba a la práctica de algunos pequeños actos de virtud, como a saludarse unos a otros, a auxiliar a los amigos, a vivir sobriamente, a no hurtar, a servir fielmente a los señores, a pagar los jornales a los obreros. Y, a pesar de ello, aunque fue una cosa tan tenue y tan envuelta en toda clase de imperfecciones, Dios se complacía en ello y se lo recompensaba abundantemente.

La razón natural es un buen árbol que Dios ha plantado en nosotros: los frutos que produce no pueden ser sino buenos; frutos que, en comparación con los que proceden de la gracia, son, en verdad, de un precio insignificante, mas, con todo, no carecen de valor, pues Dios los ha estimado y hadado por ellos recompensas temporales; según esto, como dice San Agustín, recompensó las

virtudes morales de los romanos con la gran extensión y magnífica reputación de su imperio.

El pecado pone enfermo el espíritu, el cual, por lo mismo, no puede hacer grandes y fuertes obras, aunque sí obras pequeñas; porque no todas las acciones de los enfermos se resienten de la enfermedad, ya que todavía hablan, ven, oyen y beben. El alma que está en pecado puede hacer actos buenos, que, siendo naturales, son recompensados con premios naturales, y, siendo civiles, son pagados con moneda civil y humana, es decir, con comodidades de orden temporal. La condición de los pecadores no es la de los demonios, cuya voluntad está de tal manera torcida e inclinada al mal, que no puede querer ningún bien. No es éste el estado del pecador en el mundo; yace en medio del camino, entre *Jerusalén y Jericó*, herido de muerte, pero no ha muerto todavía, porque como dice el Evangelio, *lo han dejado medio vivo*[1]; y, como está medio vivo, puede también hacer acciones débiles, y no obstante las cuales, moriría miserablemente empapado en su propia sangre, si el *misericordioso samaritano* no aplicase *su aceite y su vino* a sus heridas, y no lo *llevase al mesón*[2], para hacerlo curar a sus expensas.

La razón natural queda gravemente lesionada y como medio muerta por el pecado, y, en este mal estado, no puede guardar todos los mandamientos, cuya conveniencia, empero, reconoce. Sabe cuál es su deber, pero no puede cumplirlo, y tienen más luz sus ojos para mostrarle el camino, que fuerza sus piernas para emprenderlo.

El pecador puede observar algunos mandamientos, y aún puede observarlos todos, durante algún tiempo, cuando no se presentan grandes ocasiones de practicar la virtudes mandadas, o tentaciones que impelen a cometer el pecado prohibido; pero que el pecador pueda vivir largo tiempo en su pecado, sin cometer otros nuevos, esto no es posible sin una protección especial de Dios. Porque los enemigos del hombre son ardorosos, inquietos y se mueven continuamente para precipitarlo; y, cuando ven que llega la ocasión en que debe practicar las virtudes prescritas, levantan mil tentaciones, para hacerle caer en las cosas prohibidas, y entonces la naturaleza, sin la gracia, no se puede liberar del precipicio. Porque, si vencemos, *Dios nos da la victoria por la virtud de nues-*

tro Señor Jesucristo[3], como dice San Pablo. *Velad y orad, para no caer en la tentación*[4]. Si nuestro Señor dijese tan solo: *Velad,* creeríamos poder hacer algo por nosotros mismos; pero, cuando añade: *Orad,* da a entender que si Él no guarda nuestras almas en el tiempo de la tentación, *en vano velarán los que las guardan*[5].

II

Que el amor sagrado hace que las virtudes sean mucho más agradables a Dios de lo que lo son por su propia naturaleza

Las virtudes humanas, aunque estén en un corazón bajo, terreno y ocupado por el pecado, no quedan, empero, infectadas de la malicia de éste, pues su naturaleza es tan franca e inocente, que no puede ser corrompida por la campaña de la iniquidad. Y si a pesar de ser buenas en sí mismas, no son recompensadas con un galardón eterno, cuando son practicadas por los infieles o por los que están en pecado, no hay que maravillarse de eso, pues el corazón del cual dimanan no es capaz del bien eterno, porque está alejado de Dios, y, como quiera que la celestial herencia pertenece al Hijo de Dios, nadie puede ser partícipe de ella, sino Él y no es hermano suyo adoptivo; aparte de que el pacto por el cual Dios promete el cielo, sólo se refiere a los que están en su gracia, y que las virtudes de los pecadores no tienen más dignidad ni valor que el de su propia naturaleza, y, por lo mismo, no pueden ser elevadas al mérito acreedor de las recompensas sobrenaturales, las cuales se llaman así precisamente porque la naturaleza y todo cuanto de ella depende no puede ni procurarlas ni merecerlas.

Mas las virtudes de los amigos de Dios, aunque, de suyo, no sean más que morales y naturales, están, empero, ennoblecidas y son encumbradas a la dignidad de obras santas.

¡Oh suma bondad de Dios, que favorece tanto a sus amantes, hasta el punto de estimar en mucho sus más insignificantes acciones, por poca que sea su bondad, y de ennoblecerlas de una manera excelente, dándoles el título y la cualidad de santas! Ello es debido a la contemplación de su Hijo muy amado, a cuyos hijos adoptivos quiere honrar, santificando todo cuanto de bueno hay en ellos, los

huesos, los cabellos, los vestidos, los sepulcros y aun la *sombra*[6]; de sus cuerpos; la fe, la esperanza, el amor, la religión y aun la sobriedad, la urbanidad y la afabilidad de sus corazones.

Así que, amados hermanos míos —dice el Apóstol— *estad firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor, pues sabéis que vuestro trabajo no quedará sin recompensa*[7]. Y advierte, Teótimo, que toda obra virtuosa ha de ser considerada como *obra del Señor,* aunque sea un infiel quien la practique, pues las virtudes morales no dejan de pertenecerle, aunque las practique un corazón pecador. Mas, cuando estas mismas virtudes están en un corazón verdaderamente cristiano, es decir, dotado del santo amor, entonces no sólo pertenecen a Dios, sino que *no son inútiles en el Señor*[8], sino fructuosas y preciosas a los ojos de su bondad. Añadid a un hombre la caridad —dice San Agustín—, y todo, en él, aprovecha; quitadle la caridad, y todo lo demás no sirve para nada. *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios*[9].

III

Cómo hay virtudes que son levantadas a un mayor grado de excelencia que otras por la presencia del divino amor

Todas las virtudes reciben un nuevo lustre y una más excelente dignidad de la presencia del amor sagrado; mas la fe, la esperanza, el temor de Dios, la piedad, la penitencia y todas las demás virtudes que, por sí mismas, miran particularmente a Dios y a su honor, no sólo reciben la impresión del amor divino, que las eleva a una eximia dignidad, sino que, además, se inclinan totalmente hacia él, se asocian a él, y le siguen y le sirven en todas las ocasiones.

Por esto entre todos los actos virtuosos, debemos practicar cuidadosamente los actos de religión y de reverencia a las cosas divinas; los de fe, de esperanza, de santo temor de Dios, hablando con frecuencia de las cosas celestiales, pensando en la eternidad y aspirando a ella, frecuentando las iglesias y las funciones sagradas, haciendo lecturas devotas, observando las ceremonias de la religión cristiana; porque el santo amor se alimenta, en la medida

de sus deseos, entre estos ejercicios, y esparce sobre ellos sus gracias y dones con mayor abundancia que sobre los actos de las virtudes simplemente humanas.

IV

Cómo el divino amor santifica de una manera más excelente las virtudes, cuando se practican por su orden y mandato

Todas las acciones virtuosas de los hijos de Dios pertenecen a la sagrada dilección: unas, porque ella misma las produce de su propia naturaleza; otras, en cuanto las santifica con su vivificadora presencia, y otras, finalmente, por la autoridad y el mando que ejerce sobre las demás virtudes, de las cuales las hace nacer. Y éstas, si bien no son, en verdad, tan eminentes en dignidad como las acciones propias e inmediatamente nacidas de la dilección, superan incomparablemente a las acciones que reciben toda su dignidad de la sola presencia y compañía de la caridad.

Ahora bien, aunque, en general, decimos con el divino Apóstol que *la caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*[10] en una palabra, que todo lo hace, sin embargo no dejamos de distribuir la alabanza por la salvación de los bienaventurados a las otras virtudes, según hayan sobresalido en cada uno; porque decimos que la fe ha salvado a unos, la limosna a otros, la templanza, la oración, la humildad, la esperanza, la castidad a otros, pues los actos de estas virtudes han aparecido con brillo en estos santos. Pero después, recíprocamente, una vez han sido realizadas, estas virtudes particulares, hay que referir todo su honor al amor santo, que a todos comunica la santidad que poseen. Porque, ¿qué otra cosa quiere decir el glorioso Apóstol, cuando inculca que *la caridad es benigna, paciente, que todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta*[11], sino que la caridad ordena y manda a la paciencia que sea paciente, a la esperanza que espere y a la fe que crea? Y es verdad, Teótimo, que con esto también da a entender que el amor es el alma y la vida de todas las virtudes, como si quisiera decir que la paciencia no es bastante paciencia, ni la fe bastante fiel, ni la esperanza bastante confiada, ni la mansedumbre

bastante dulce, si el amor no las anima y vivifica. Y esto mismo también nos significa este *vaso de elección*[12], cuando dice que *sin la caridad nada le aprovecha,* y que él mismo *nada es*[13], porque es como si dijera que, sin el amor, no es paciente, ni manso, ni constante, ni fiel, ni confiado, en el grado que es menester para servir a Dios, en lo cual consiste el verdadero ser del hombre.

V

Cómo el amor sagrado mezcla su dignidad entre las demás virtudes y perfecciona la de cada una en particular

El amor adquiere mayor fuerza y vigor, cuantos más frutos produce en el ejercicio de todas las virtudes. Como lo advierten los santos Padres, es insaciable en el deseo de fructificar, y no cesa de apremiar al corazón que por ella está ocupado.

Los frutos de los árboles injertados son todos según el injerto: si el injerto es de manzano, da manzanas; si es de cerezo, da cerezas; de suerte que siempre estos frutos tienen el sabor del tronco. Asimismo, Teótimo, nuestros actos toman su nombre y su especie de las particulares virtudes de las cuales proceden, pero sacan de la sagrada caridad el gusto de su santidad; de esta manera, la caridad es la raíz y la fuente de toda la santidad del hombre. Y, así como el tallo comunica su sabor a todos los frutos que los injertos producen, pero de manera que cada fruto no deja de conservar las propiedades naturales del injerto de donde procede, también la caridad de tal manera esparce su excelencia y su dignidad sobre las acciones de las demás virtudes, que, a pesar de ello, deja a cada una el valor y la bondad particular, que cada una posee por su natural condición.

Por consiguiente, si con igual caridad sufre uno la muerte del martirio y otro el hambre del ayuno ¿quién no ve que el precio de este ayuno no, por esto, será igual al del martirio? Porqué ¿quién se atreverá a decir que el martirio no es en sí mismo más excelente que el ayuno? Y, si es más excelente y, al sobrevenir la caridad, lejos de arrebatarle esta excelencia, la perfecciona, tenemos que deja en él las ventajas que naturalmente tenía sobre el ayuno. A la

verdad, ningún hombre de sano juicio igualará la castidad nupcial a la virginidad, ni el buen uso de las riquezas a la entera renuncia de las mismas. ¿Y quién osará decir que la caridad que sobreviene a estas virtudes les arrebata sus propiedades y sus privilegios, siendo así que no es una virtud que destruye y empobrece, sino que mejora, vivifica y enriquece todo cuanto encuentra de bueno en las almas que gobierna? Tanto dista la caridad de arrebatar a las virtudes las dignidades y preeminencias que naturalmente poseen, que, al contrario, teniendo la propiedad de perfeccionar las perfecciones que encuentra, cuanto mayores son éstas más las perfecciona; como el azúcar, que en las confituras de tal manera sazona las frutas con su dulzura, que, si bien las endulza todas, las deja, empero, desiguales en sabor y suavidad, según sean más o menos sabrosas por naturaleza.

Si la dilección es ardiente, poderosa y excelente en un corazón, enriquecerá y perfeccionará más todas las obras de las virtudes que de él procedan. Se puede padecer la muerte y el fuego por Dios sin tener caridad, como lo supone San Pablo[14] y yo lo declaro en otra parte; con mayor razón se puede padecer con poca caridad; y así digo que puede muy bien ocurrir que una virtud muy pequeña tenga más valor en un alma, en la cual reina ardientemente el amor sagrado, que el mismo martirio en otra alma, donde el amor es lánguido, débil y lento. De esta manera, las pequeñas virtudes de Nuestra Señora, de San Juan y de otros grandes santos, tenían más valor delante de Dios que las encumbradas de muchos santos inferiores, como muchos impulsos amorosos de los serafines son más encendidos que los más vehementes de los ángeles del orden postrero, y como el canto de los ruiseñores principiantes es incomparablemente más armonioso que el de los jilgueros mejor amaestrados.

Las pequeñas simplicidades, abatimientos y humillaciones, bajo las cuales tanto se complacieron en ocultarse los santos, y, por cuyo medio, pusieron sus corazones al abrigo de la vanagloria, cuando se practican con aquella excelencia propia del arte y del ardor del amor celestial, son más agradables a Dios que las grandes e ilustres empresas de muchos otros, realizadas con poca caridad y devoción.

La sagrada esposa hirió a su Esposo *con una sola trenza de*

sus cabellos[15], a los que tiene en tanto aprecio que los compara *a los rebaños de cabras de Galaad*[16], y no alaba más los ojos de su amante, que son las partes más nobles de todo el rostro, que la cabellera, que es la más frágil, la más vil y la más baja, para que sepamos que en un alma prendada del divino amor, las acciones que parecen más humildes son sumamente agradables a su divina Majestad.

VI

De la excelencia del valor que el amor sagrado comunica a las acciones nacidas del mismo, y a las que proceden de las demás virtudes

Las obras de los buenos cristianos tienen un valor tan grande, que, a trueque de ellas, se nos da el cielo; mas esto no es debido a que proceden de nuestros corazones, sino a que están teñidas en la sangre del Hijo de Dios, es decir, porque es el Salvador quien santifica nuestras obras por el mérito de su sangre.

El sarmiento unido a la cepa lleva fruto, no por su propia virtud, sino por la virtud de la cepa. Nosotros estamos unidos por la caridad a nuestro Redentor, como los miembros a la cabeza; por esta causa, nuestros frutos y nuestras buenas obras, al recibir su valor de Aquel, merecen la vida eterna.

Quien está unido conmigo y Yo con él, éste da mucho fruto[17]. Y esto es así, porque el que permanece en Él, participa de su divino Espíritu, el cual está en medio del corazón humano como una fuente viva, que *mana* y lanza sus aguas *hasta la vida eterna*[18]. Así el óleo de la redención derramado sobre el Salvador como *sobre la cabeza* de la Iglesia, la triunfante y la militante, *se derrama* sobre la sociedad de los bienaventurados, los cuales, como la *barba* de este divino Maestro, están adheridos a su faz, y también destila sobre la sociedad de los fieles, que, como vestiduras, están pegados y unidos por amor a su divina Majestad; y ambas sociedades como compuestas de verdaderos hermanos, pueden, por este motivo, exclamar: *¡Oh cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión! Es como el perfume, que, derramado*

en la cabeza, va destilando por la respetable barba de Aarón, y desciende hasta la orla de su vestidura[19].

Nuestras obras, pues, como el granito de mostaza, no son en manera alguna comparables, en grandeza, con el árbol de gloria que producen; pero tienen el vigor y la virtud de producirlo, porque proceden del Espíritu Santo, el cual, por una admirable infusión de su gracia en nuestros corazones, hace suyas nuestras obras, pero dejando a la vez, que sean nuestras, porque somos miembros de una cabeza, de la cual Él es el espíritu, y estamos injertados en un árbol, del cual Él es la sabia divina. Y porque de esta suerte opera en nuestras obras, y porque nosotros obramos con Él o cooperamos a su acción, deja para nosotros todo el mérito y provecho de nuestros servicios y obras buenas, y nosotros dejamos para Él todo el honor y toda la alabanza, reconociendo que el comienzo, el progreso y el fin de todo el bien que hacemos depende de su misericordia, por la cual ha venido a nosotros y nos ha prevenido; ha venido con nosotros y nos ha guiado, *acabando* lo que había *comenzado*[20]. ¡Que misericordioso es, para con nosotros, y qué bondad en este reparto! Nosotros le damos la gloria de nuestras alabanzas y Él nos da la gloria de su gozo, y, por tan suaves y pasajeros trabajos, adquirimos bienes perdurables, por toda la eternidad.

VII

Que las virtudes perfectas jamás están las unas sin las otras

Las virtudes son tales por su conveniencia o conformidad con la razón, y una acción no se puede llamar virtuosa, si no procede del afecto que el corazón siente a la honestidad y a la belleza de la razón. El que ama una virtud por amor a la razón y por la honestidad que en ella relucen, las amará todas, pues en todas encontrará los mismos motivos; y las amará más o menos según que la razón se manifieste en ellas más o menos resplandeciente. Quien ama la liberalidad y no ama la castidad, muestra bien a las claras que no ama la liberalidad por la belleza de la razón, pues esta belleza es mayor en la castidad; y donde la causa tiene más fuerza, deberían

también ser más fuertes los efectos. Es, pues, una señal evidente de que aquel corazón no ama la liberalidad teniendo por motivo la razón y por consideración a ésta; de donde se sigue que esta liberalidad, que parece una virtud, no tiene sino la apariencia, pues no procede de la razón, que es el verdadero motivo de las virtudes, sino de algún otro motivo extraño.

Puede, por lo tanto, ocurrir que un hombre posea unas virtudes y que carezca de las demás; pero siempre serán o virtudes incipientes, tiernas y como flores en capullo, o virtudes decadentes y moribundas, como flores marchitas; porque, por decirlo en pocas palabras, las virtudes no pueden subsistir en su verdadera integridad, como nos lo aseguran toda la filosofía y la teología.

Es cierto que no se pueden practicar a la vez todas las virtudes, pues las ocasiones no se presentan juntas; así hay virtudes que algunos santos nunca han tenido ocasión de practicar. Porque, por ejemplo, ¿qué motivos pudo tener San Pablo, primer ermitaño, para practicar el perdón de las injurias, la afabilidad, la magnificencia y la mansedumbre? No obstante, estas almas no dejan de sentirse de tal manera aficionadas a la honestidad de la razón, que aun cuando al efecto, las poseen en cuanto al afecto, y están prontas y dispuestas a seguir y a servir a la razón, en cualesquiera circunstancia, sin excepción ni reserva alguna.

Existen ciertas inclinaciones que se consideran como virtudes, y no son tales, sino favores y ventajas de la naturaleza. ¡Cuántas personas hay que por su condición natural son sobrias, sencillas, dulces, silenciosas, y aun castas y honestas! Pues bien, todo esto parece ser virtud, y sin embargo carece del mérito de ésta, de la misma manera que las malas inclinaciones no merecen ninguna recriminación, hasta que al humor natural se ha añadido el libre y voluntario consentimiento. No es virtud dejar de comer porque la naturaleza nos inclina a ello; pero sí lo es guardar abstinencia por libre elección; no es virtud ser callado por inclinación, pero sí lo es el callar, cuando lo aconseja la razón. Muchos creen poseer las virtudes, cuando no tienen los vicios contrarios. El que nunca ha sido atacado puede vanagloriarse de no haber jamás huido, pero no de ser valiente; el que nunca es afligido puede alabarse de no ser impaciente, pero no de ser paciente. Paréceles, pues, a muchos, que están dotados de virtudes, las cuales no pasan de ser buenas incli-

naciones, y, porque algunas de estas inclinaciones están sin las otras, creen que lo mismo ocurre con las virtudes.

Podemos tener alguna clase de virtud sin tener las demás, y, a pesar de esto, no podemos, en manera alguna, poseer virtudes perfectas sin tenerlas todas; pero que, en cuanto a los vicios, se pueden tener unos sin tenerlos todos a la vez; de manera que no se deduce de ello que quien haya perdido todas las virtudes posea por lo mismo todos los vicios, pues casi todas las virtudes tienen dos vicios opuestos, no sólo contrarios a la virtud, sino contrarios entre sí. El que, por su temeridad, ha perdido el valor, no puede, al mismo tiempo, tener el vicio de la cobardía, y el que ha perdido la liberalidad con sus prodigalidades, no puede, al mismo tiempo, ser tachado de avaro. Catilina —dice San Agustín— era sobrio, vigilante, paciente en sufrir el frío, el calor, y el hambre; por esta causa, parecíale a él y a sus compañeros que era muy constante; mas esta fortaleza no era prudente, pues escogía el mal en lugar del bien; no era templada, porque descendía a infames bajezas; no era justa, pues conspiraba contra su patria; no era, pues, constancia, sino una terquedad, que llevaba aquel nombre para engañar a los necios.

VIII

Cómo la caridad abarca todas las virtudes

Un río salía de este lugar de delicias, para regar el paraíso, y desde allí se dividía en cuatro brazos[21]. El hombre es un lugar de delicias, donde Dios ha hecho brotar el río de la razón y de la luz natural, para regar todo el paraíso de nuestro corazón; y este río se divide en cuatro brazos, es decir, en cuatro corrientes, según las cuatro regiones del alma.

Porque, en primer lugar, sobre el entendimiento, llamado práctico porque discierne las acciones que conviene hacer u omitir, la luz natural derrama la prudencia, que inclina a nuestro espíritu a juzgar rectamente acerca del mal que debemos evitar y desechar, y cerca del bien que hemos de hacer y procurar.

En segundo lugar, sobre nuestra voluntad, hace que surja la

justicia, la cual no es otra cosa que un perpetuo y firme deseo de dar a cada uno lo que es debido.

En tercer lugar, sobre el apetito concupiscible, hace que se deslice la templanza, que modera las pasiones.

En cuarto lugar, sobre el apetito irascible o la cólera, hace flotar la fortaleza, que refrena y modera todos los movimientos de la ira.

Estos cuatro ríos, así separados, se dividen después en muchos otros, para que todas las acciones humanas puedan estar bien encaminadas hacia la honestidad y hacia la felicidad natural. Pero, además de esto, deseoso Dios de enriquecer a los cristianos con un especial favor, hace brotar, en la cima de la parte superior de su espíritu, una fuente sobrenatural, que llamamos gracia, la cual comprende la fe y la esperanza, pero que, sin embargo, consiste en la caridad, que purifica el alma de todos los pecados, la adorna y embellece con deliciosa hermosura y, finalmente, esparce sus aguas sobre todas las facultades y operaciones de aquélla, para comunicar al entendimiento una prudencia celestial; a la voluntad, una justicia santa; al apetito irascible, una fortaleza devota; a fin de que todo el corazón humano tienda a la honestidad y a la felicidad sobrenatural, que llamamos gracia, la cual comprende la fe y la esperanza, pero que, sin embargo, consiste en la caridad, que purifica el alma de todos los pecados, la adorna y embellece con deliciosa hermosura y, finalmente, esparce sus aguas sobre todas las facultades y operaciones de aquélla, para comunicar al entendimiento una prudencia celestial; a la voluntad, una justicia santa; al apetito irascible, una fortaleza devota; a fin de que todo el corazón humano tienda a la honestidad y a la felicidad sobrenatural, que consiste en la unión con Dios. Si estas cuatro corrientes y ríos de la caridad encuentran en un alma alguna de las cuatro virtudes naturales, la reducen a su obediencia y se mezclan con ella, para perfeccionarla, como el agua perfumada perfecciona el agua natural, cuando se mezclan juntas. Pero, si el santo amor, así derramado, no encuentra las virtudes naturales en el alma, entonces él mismo realiza todos los actos, según lo van exigiendo las ocasiones.

Así el amor celestial, al encontrar muchas virtudes en San Pablo, en San Ambrosio, en San Dionisio, en San Pacomio, derramó sobre ellas una agradable claridad y las redujo todas a su servicio. Pero, en Magdalena, en Santa María Egipciaca, en el buen ladrón y

en mil otros penitentes, que habían sido grandes pecadores, el divino amor, al no encontrar ninguna virtud, desempeñó el papel y realizó las obras de todas las virtudes, haciéndose en ellos paciente, dulce, humilde y generoso.

El gran Apóstol no dice solamente que la caridad nos comunica la paciencia, la benignidad, la constancia y la simplicidad, sino también que ella misma es paciente, benigna y constante[22]; y es propio de las supremas virtudes, así entre los ángeles como entre los hombres, no sólo ordenar a las inferiores que obren, sino también el que puedan hacer por sí mismas lo que mandan a las demás. El obispo confiere los cargos para todas las funciones eclesiásticas, tales como abrir la iglesia, leer, exorcizar, alumbrar, predicar, bautizar, celebrar el santo sacrificio, dar la comunión, absolver; pero él sólo puede hacer y hace todo esto, pues tiene en sí una virtud eminente, que contiene todas las inferiores. El que posee la caridad tiene una perfección que encierra la virtud de todas las perfecciones o la perfección de todas las virtudes. Por esto, la caridad es *paciente y benigna; no es envidiosa*, sino bondadosa, *no comete ligerezas,* sino que es prudente; *no se hincha de orgullo,* sino que es humilde; *no es ambiciosa ni desdeñosa,* sino amable y afable; no es quisquillosa *en querer lo que le pertenece,* sino franca y condescendiente; *no se irrita* por nada, sino que es apacible; *no piensa mal,* sino que es mansa; *no se alegra de lo malo, sino que se goza con la verdad y en la verdad; todo lo sufre; cree* fácilmente *todo el bien* que le dicen, sin terquedad, sin disputa, sin desconfianza; *espera todo bien* del prójimo, sin jamás desalentarse en el procurarle la salvación; *todo lo soporta*[23], esperando sin inquietud lo que se le ha prometido.

IX

Que las virtudes sacan su perfección del amor sagrado

La caridad es *el vínculo de perfección*[24], pues por ella y en ella se contienen y juntan todas las perfecciones del alma y, sin ella, no sólo es imposible ver todas las virtudes reunidas, sino también poseer la perfección de alguna virtud en particular. Sin el cemento

y el mortero, que traba las piedras y las paredes, todo el edificio se viene abajo; sin los nervios y los tendones, todo el cuerpo se deshace, y, sin la caridad, no pueden las virtudes sostenerse unas a otras. Nuestro Señor vincula siempre el cumplimiento de los mandamientos a la caridad. *Quien ha recibido* —dice— *mis mandamientos y los observa, éste es el que me ama. El que no me ama no guarda mis mandamientos. El que me ama observará mi doctrina*[25]. Lo cual repite así el discípulo amado: *Quien guarda los mandamientos* —dice—, *en éste, verdaderamente, la caridad de Dios es perfecta*[26]. *El amor de Dios consiste en que observemos sus mandamientos*[27]. Ahora bien, el que poseyese todas las virtudes, guardaría todos los mandamientos; el que poseyese la virtud de la religión, guardaría los tres primeros; el que tuviese la piedad, guardaría el cuarto; el que tuviese la mansedumbre y la benignidad, guardaría el quinto; por la castidad, se cumpliría el sexto; por la generosidad, se evitaría el quebrantamiento del séptimo; por la verdad, se observaría el octavo, y por la templanza se observarían el noveno y el décimo; y, si no se pueden guardar los mandamientos sin la caridad, con mayor razón no se pueden poseer, sin ella, todas las virtudes.

Se puede, ciertamente, tener alguna virtud y permanecer, por algún tiempo, sin ofender a Dios, aunque no se tenga el divino amor.

Mas las virtudes separadas de la caridad son muy imperfectas, pues, sin ella, no pueden conseguir su fin, que es hacer al hombre feliz.

La caridad es, entre las virtudes, como el sol entre las estrellas, que distribuye a todas su claridad y su hermosura. La fe, la esperanza, el temor y la penitencia suelen andar delante de ella cuando ha llegado, la obedecen y la sirven como las demás virtudes, y ella las alienta, las adorna y las vivifica con su presencia.

De manera que, si se pudiese lograr que todas las virtudes estuviesen reunidas en un hombre, pero que faltase en él la caridad, este conjunto de virtudes sería, en verdad, un cuerpo perfectamente acabado, en sus partes, como el cuerpo de Adán, cuando Dios, con mano maestra, lo formó del barro de la tierra; pero cuerpo sin movimiento, sin vida y sin gracia, hasta que Dios *le inspirase el soplo de vida*[28], es decir, la sagrada caridad, sin la cual ninguna cosa aprovecha.

La perfección del amor divino es tan excelente, que perfecciona todas las demás virtudes, y no puede ser perfeccionada por ellas, ni siquiera por la obediencia, que es la que puede derramar más perfecciones sobre las demás. Es verdad que amando obedecemos, y que obedeciendo amamos; pero si esta obediencia es tan excelentemente amable, es debido a que tiende a la excelencia del amor, y su perfección depende, no de que, amando, obedezcamos, sino de que, obedeciendo, amamos. De suerte que así como es igualmente el fin y la primera fuente de todo lo que es bueno, asimismo el amor, que es el origen de todo afecto bueno, es también su último fin y su perfección.

X

Cómo el santo amor, cuando vuelve al alma, hace que revivan todas las obras que el pecado había hecho perecer

Cuando el hombre justo se hace esclavo del pecado, todas las buenas obras que antes había hecho quedan miserablemente olvidadas y reducidas a cieno; mas, al salir del cautiverio, cuando por la penitencia vuelve a la gracia del divino amor, las buenas obras precedentes son sacadas del pozo del olvido, y, tocadas por los rayos de la misericordia celestial, reviven y se convierten en llamas tan resplandecientes como jamás lo fueron, para ser puestas sobre el sagrado altar de la aprobación divina y recuperar su primera dignidad, su primer precio y su primer valor.

XI

Cómo debemos reducir toda la práctica de las virtudes y de nuestras acciones al santo amor

El hombre es de tal manera dueño de sus acciones humanas y racionales, que las hace todas por algún fin, y puede encaminarlas a uno o a varios fines particulares, según bien le parezca; porque puede cambiar el fin natural de una acción, por ejemplo, cuando jura para engañar, siendo así que el fin del juramento es todo lo

contrario, a saber, evitar el engaño, y puede añadir al fin natural de una acción otro fin cualquiera, como cuando, además de la intención de socorrer al pobre, a la cual tiende la limosna, tiene la intención de obligar recíprocamente al menesteroso.

Unas veces añadimos al fin propio de la acción un fin menos perfecto; otras veces un fin de igual o semejante perfección, y otras, finalmente, un fin más eminente y elevado. Porque aparte del socorro al necesitado, al cual tiende especialmente la limosna, ¿no se puede acaso pretender, primeramente, adquirir su amistad; en segundo lugar, edificar al prójimo y, por último, agradar a Dios? He aquí tres diversos fines, el primero de los cuales es menos excelente, el segundo algo más y el tercero muchísimo más, que el fin ordinario de la limosna; de suerte que, como ves, podemos comunicar diversas perfecciones a nuestros actos, según la variedad de los motivos, fines e intenciones con que los hacemos.

Sed buenos negociantes, dice el Salvador. Tengamos, pues, mucho cuidado en no trocar los motivos y el fin de nuestras acciones, si no es con ventaja y provecho, y en no hacer nada, en este negocio, sino con buen orden y razón.

Hay que dar a cada fin el lugar que le corresponde, y por consiguiente hay que dar el lugar soberano al fin de agradar a Dios.

El soberano motivo de nuestras acciones, que es el amor celestial, por ser el más puro, tiene la soberana propiedad de hacer que sea también más pura la acción que de él procede. Así los ángeles y los santos del cielo no aman cosa alguna por otro fin que por la divina bondad, ni por otro motivo que el deseo de complacerla. Se aman mutuamente con ardor, nos aman también a nosotros, aman las virtudes, mas todo esto únicamente para agradar a Dios. Siguen y practican las virtudes, no porque son en sí mismas bellas y amables, sino porque son agradables a Dios. Aman su felicidad, no tanto, porque es suya, cuanto porque gusta de ella Dios.

XII

Cómo la caridad contiene en sí los dones del Espíritu Santo

Para que el espíritu humano siga con facilidad los movimien-

tos y las inclinaciones de la razón, al objeto de llevar a la dicha natural al que puede aspirar viviendo según las leyes de la honestidad, tiene necesidad de las cualidades que hacen al espíritu dulce, obediente y flexible a las leyes de la razón natural.

Pues bien, Teótimo, el Espíritu Santo, que habita en nosotros, deseando hacer a nuestra alma obediente a sus divinos mandamientos y celestiales inspiraciones, que son las leyes de su amor, y en cuya observancia consiste la felicidad sobrenatural de la vida presente, nos otorga siete propiedades y perfecciones, las cuales, en la Sagrada Escritura y en los libros de los teólogos, se llaman dones del Espíritu Santo.

Ahora bien, estos dones no sólo son inseparables de la caridad, sino que, bien consideradas todas las cosas y propiamente hablando, son las principales virtudes, propiedades y cualidades de la misma.

Así, la caridad es para nosotros otra escala de Jacob, compuesta de los siete dones del Espíritu Santo, como de otros tantos peldaños sagrados, por los cuales los hombres angelicales suben de la tierra al cielo, para ir a juntarse con el seno de Dios, y por los cuales bajan[29] del cielo a la tierra, para venir a tomar al prójimo de la mano y conducirlo a la gloria; porque, al subir el primer peldaño, el temor nos hace evitar el mal; en el segundo, la piedad nos mueve a querer hacer el bien; en el tercero, la ciencia nos da a conocer el bien que hay que hacer y el mal que hay que evitar; en el cuarto, por la fortaleza, tomamos aliento contra todas las dificultades con que tropezamos en nuestra empresa; en el quinto, por el consejo, escogemos los medios aptos para esto; en el sexto realizamos la unión de nuestro entendimiento con Dios, para ver y penetrar los rasgos de su infinita belleza; y, en el séptimo, unimos nuestra voluntad a Dios para saborear y sentir las dulzuras de su incomprensible bondad, pues, en lo alto de esta escalera, Dios, inclinándose hacia nosotros, nos da el beso de amor y nos da a gustar los sagrados pechos de su suavidad, *mejores que el vino*[30].

Pero si, después de haber gozado de estos amorosos favores, queremos volver la tierra, para atraer al prójimo hacia esta misma felicidad, entonces, llena nuestra voluntad de un ardentísimo celo, en el primero y más alto peldaño, y perfumadas nuestras almas con los perfumes de la caridad soberana de Dios, descendemos al se-

gundo, donde nuestro entendimiento recibe una claridad sin igual y hace provisión de las ideas y de las imágenes más excelentes, para gloria de la belleza y de la bondad divinas; de aquí, bajamos al tercero, donde, por el don de consejo, descubrimos por qué medios hemos de inspirar a las almas de los prójimos el gusto y la estima de la divina suavidad; en el cuarto, nos alentamos y recibimos una santa fortaleza, para vencer las dificultades que se oponen a este designio; en el quinto, comenzamos a predicar, por el don de la ciencia, exhortando a las almas a practicar la virtud y a huir del vicio; en el sexto, nos esforzamos en infundirles una santa piedad, para que, reconociendo a Dios por el padre más amable, le obedezcan con filial temor; y, en el último, les instamos a que teman los juicios de Dios, a fin de que, mezclando el temor de ser condenados con la reverencia filial, dejen más presurosos la tierra, para subir con nosotros al cielo.

Sin embargo, la caridad comprende los siete dones, y se parece a una hermosa azucena, que tiene seis hojas más blancas que la nieve, y, en el centro, los hermosos mantillos de oro de la sabiduría, que introducen en nuestros corazones los gustos y los albores amorosos de la bondad del Padre, nuestro redentor, y de la suavidad del Espíritu Santo, nuestro santificador.

XIII

Cómo el amor sagrado comprende los doce frutos del Espíritu Santo, con las ocho bienaventuranzas del Evangelio

Dice el glorioso San Pablo: *El fruto del Espíritu Santo es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad*[31]. Pero advierte, Teótimo, que este apóstol divino, al enumerar los doce frutos del Espíritu Santo, los considera como un solo fruto, pues no dice: los frutos del Espíritu Santo son la caridad, el gozo, sino: *el fruto* del Espíritu Santo es la caridad, el gozo.

Luego, el Apóstol no quiere decir otra cosa sino que el fruto del Espíritu Santo es la caridad, la cual es gozosa, longánima, dulce, fiel, modesta, continente y casta, es decir, que el divino amor

comunica un gozo y un consuelo interior, con una gran paz del corazón, que se conserva en las adversidades por la paciencia y nos hace afables y benignos en el socorro del prójimo, mediante una cordial bondad para con él, bondad que no es variable sino constante y perseverante, pues nos da un ánimo dilatado, merced al cual somos dulces, amables y condescendientes con todos, soportando sus humores y sus imperfecciones, observando con ellos una lealtad perfecta, dándoles pruebas de una simplicidad acompañada de confianza, así en nuestras palabras como en nuestras acciones, viviendo modesta y humildemente, cercenando toda superfluidad y todo desorden en el comer, beber, vestir, dormir, en las diversiones y en los demás apetitos voluptuosos, por una santa continencia, y reprimiendo, sobre todo, las inclinaciones y rebeldías de la carne con una celosa castidad, para que toda nuestra persona esté ocupada en el divino amor, así interiormente, por el gozo, la paz, la paciencia, la longanimidad, la bondad y la lealtad, como exteriormente, por la benignidad, la mansedumbre, la modestia, la continencia y la castidad.

De manera, Teótimo, que, resumiendo, la santa dilección es una virtud, un don, un fruto y una bienaventuranza. Como virtud, nos hace obedientes a las inspiraciones interiores, que Dios nos da por sus mandamientos y consejos, en cuya ejecución se practican todas las virtudes, por lo que la dilección nos hace flexibles y dóciles a las inspiraciones interiores, que son como los mandamientos y los consejos secretos de Dios, en cuya práctica se emplean los siete dones del Espíritu Santo, de suerte que la dilección es el don de los dones. Como fruto, nos comunica un gozo y un placer extremado en la práctica de la vida devota, placer que se siente en los doce frutos del Espíritu Santo; por lo tanto, es el fruto de los frutos. Como bienaventuranza, hace que tengamos por un gran favor y un singular honor las afrentas, las calumnias, los vituperios, los oprobios del mundo, y hace que dejemos, rechacemos y renunciemos a toda otra gloria, si no es la que procede del amor crucificado, por la cual nos gloriamos en la abyección, en la abnegación y en el anonadamiento de nosotros mismos, sin que queramos otros emblemas de majestad que la corona de espinas del Crucificado, su cetro de caña, el manto de desprecio que fue puesto sobre Él, y el trono de su cruz, sobre el cual los amadores sagrados sienten más con-

tento, gozo, gloria y felicidad, como jamás la tuvo Salomón en su trono de marfil.

XIV

Cómo el divino amor emplea todas las pasiones y todos los afectos del alma y los reduce a su obediencia

Cuando el divino amor reina en nuestros corazones, sujeta a su realeza todos los otros amores de la voluntad, y, por consiguiente, el que tuviere, con un poco de abundancia, el amor de Dios, no tendrá jamás deseo alguno, ni temor, ni esperanza, ni ánimo, ni alegría, sino por Dios, y todos sus movimientos encontrarán sosiego en este amor celestial.

El amor divino y el amor propio están dentro de nuestro corazón, se profesan mutuamente una gran antipatía y repugnancia y chocan entre sí[32] continuamente dentro del corazón, por lo que la pobre alma exclama: *Infeliz de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte*[33], para que tan solo el amor de mi Dios reine apaciblemente en mí?

Esto será cuando el amor armado, convertido en celo, sujete, nuestras pasiones por la mortificación, y mucho más todavía, cuando, en lo alto de los cielos, el amor bienaventurado posea toda nuestra alma en paz.

Encauzando hacia un fin bueno nuestras pasiones, se convierten en virtudes.

Pero, ¿qué método hay que emplear para reducir los afectos y las pasiones al servicio del divino amor? Combatimos las pasiones: o bien oponiendo a ellas las pasiones contrarias, o por medio de los más grandes afectos de su mismo género. Si siento en mí cierta vana esperanza, puedo resitir a ella, oponiéndole un legítimo desaliento. Puedo también resistir a esta vana esperanza, oponiendo a ella otra más sólida. Espera en Dios, alma mía, porque *Él es el que ha de sacar tus pies del lazo*[34]. *Ninguno confió en el Señor y quedó burlado*[35]. Pon tus deseos en las cosas eternas y perdurables.

Nuestro Señor en sus curaciones espirituales, cura a sus discí-